Hans Kehrl



Realidades del Tercer Reich



Ediciones Sol Invicto

HANS KEHRL

REALIDADES DEL TERCER REICH



Ediciones Sol Invicto

Título Original: **Realitäten im Dritten Reich**

Primera edición: 10/03/2020

Segunda edición: 11/09/2024

PRÓLOGO

En abril de 1974, invitado por el Instituto de Investigaciones de Historia Militar de Friburgo, participé, con otros historiadores nacionales y extranjeros, en un Congreso en Kirchzarten. Consecuencia de ello fueron los contactos verbales y por escrito que sostuve con algunos de los investigadores que asistieron al mismo. En agosto de 1974 el Dr. Friedrich Forstmeyer, como jefe del Instituto de Investigaciones de Historia Militar, y el profesor Hans Erich Volkmann, publicaron un volumen mixto bajo el título de «Economía y armamento en vísperas de la Segunda Guerra Mundial». El estudio de las aportaciones para este tomo recopilador, y otras publicaciones históricas sobre temas semejantes, le hicieron comprender al autor que las exposiciones de muchos historiadores e historiógrafos referentes a los temas tratados, emanaban en parte de imágenes erróneas sobre aspectos importantes de la realidad del III Reich.

Dado que fui «coautor y a la vez testigo de los hechos», tal como expresé en las discusiones en Kirchzarten, me siento obligado a ofrecer mi aportación sobre lo que fue aquella realidad. Se reduce, por el momento, a los siguientes aspectos parciales.

— —

Permítaseme insertar unas palabras que se han dicho en el contexto de los juicios ante el Tribunal del Pueblo contra los hombres del 20 de julio de 1944. Los combatientes de la resistencia que se habían comprometido a comprobar en Inglaterra las condiciones de paz que se les concedería si fuera posible arrebatarle el poder a Hitler, recibieron una respuesta espantosa:

Para nosotros no es importante si Hitler o un sacerdote jesuita están a la cabeza de Alemania, lo decisivo para nosotros es que Alemania desaparezca como potencia económica.

INTRODUCCIÓN

El 6 de junio de 1945 vino a buscarme J.K. Galbraith, el más tarde conocidísimo economista y escritor. Me sacó de mi soledad en el Lüneburger Heide para llevarme a Bad Nauheim, donde durante unos diez días se me sometió a un interrogatorio, que dirigía él, como jefe de la «U.S.-Strategic Bombing Survey». Uno de mis interrogadores, con el cual yo había mantenido largas conversaciones al mismo nivel, me dijo en un coloquio de despedida: «Nosotros, los americanos, llevamos ya casi ocho semanas en Alemania, y hemos encontrado un país y un pueblo completamente distintos de lo que esperábamos según nuestras informaciones. Pasarán todavía muchos años hasta que podamos adaptarnos plenamente a la realidad del pasado y del presente, y podamos entenderla. Tendrán que tener ustedes mucha paciencia, pues somos prisioneros de nuestra propia propaganda».

En el otoño de 1973 apareció mi libro *Experto para casos críticos en el III Reich,* con el subtítulo de *Seis años de guerra y seis años de paz.* Me sorprendió comprobar que mis interlocutores en la editorial, y el consejero historiador de ésta, profesor Viefhaus —así como numerosos lectores que me escribieron posteriormente, e historiadores con los que entré en contacto— se extrañasen de que las ideas que habían mantenido hasta entonces no coincidían de ninguna manera con la realidad expuesta por mí, sobre todo en lo relativo a la forma de gobernar durante la «dictadura», reparto de tareas y posibilidades de influencia en el NSDAP, nivel de conocimiento e información de los ciudadanos y muchas cosas más.

Ya en el otoño del año anterior, el profesor Robert Kempner, mi fiscal principal en el proceso de la Wilhelmstrasse en Nuremberg, me dijo que «había creído conocer verdaderamente todo sobre el III Reich, pero, después de haber leído mi libro, sabía ya que se trataba de un error». Eike Hennig escribe en un capítulo de la obra «Economía y rearme en vísperas de la segunda guerra mundial»: «*Quod non est in actis non est in mundo*, dice una de las máximas más importantes de la ciencia positivista de la Historia, que con ello destierra a priori de su ángulo visual grandes dimensiones de la historia auténtica». En este tomo habla además Timothy W. Mason sobre «la alergia de los gobernantes nacionalsocialistas hacia lo escrito».

Las jerarquías del III Reich no tenían ninguna «alergia contra lo escrito», sino que su modo de trabajar difería de lo conocido y usual hasta entonces, entre otras cosas porque en lugar de cartas, anotaciones en actas, informes y órdenes escritas, predominaban las conversaciones, conferencias, instrucciones verbales y coloquios informales, así como las autorizaciones y delegación de poderes sin formalidades. Estas últimas, a menudo, las aceptaban simplemente los interesados como otorgadas, cuando el reparto de funciones parecía exigirlo. Ese era en gran medida mi caso, sin que por ello surgiesen dificultades.

El sistema nacionalsocialista de gobernar y de trabajar se caracterizaba, en todas sus esferas, por la falta de formalidades especiales. Franz Neumann habla, y con razón, de un «shapelessness» (informalismo) del sistema de gobierno nacionalsocialista. Todo esto conduce a que sirva de manera extraordinaria, para la historiografía del III Reich, la frase enunciada por David Irving en la introducción de su libro *Hitler y sus generales:* «Al historiador se le concede lo que se niega a los mismos dioses: modificar lo acontecido».

Considerando esto y algunas cosas más, me siento obligado a realizar con mis observaciones una humilde aportación para esclarecer la realidad del III Reich. Toda apología personal, así como cualquier porfía o reacción obstinada, están lejos de mí. Con 75 años uno se halla por encima de tales motivaciones.

Mis observaciones las expongo de manera sencilla, bajo epígrafes que, en su temática, me parecen haber sido especialmente polemizados y que, por ello, podrían necesitar una aclaración. Lo acontecido en el III Reich, y la enorme base de confianza que logró Hitler, sólo puede comprenderse viéndolo desde el derrumbamiento de la República de Weimar, y comparando la situación económica inicial de 1932 con la lograda antes de estallar la guerra. Al mismo tiempo, tomo con ello una postura respecto a manifestaciones hechas por algunos historiógrafos, como por ejemplo Eike Hennig, el cual, en su obra *Tesis sobre la historia social y económica alemana 1933-1938,* intenta demostrar que la política económica entre los años 1933 a 1939 era asocial, e incluso tenía que serlo.

Recogeremos solamente dos «tesis» de él. Hennig indica, por ejemplo, que el porcentaje salarial en la industria retrocedió de un 64,4 por cien en

1932 a un 57,2 por cien en 1938. Desde el punto de vista de la política social, ello no demuestra absolutamente nada. Los años que van desde 1932 a 1938 fueron en la industria, casi sin excepción, esencialmente años de mejor explotación de la capacidad de las empresas y de una más fuerte racionalización, mediante la elevación de las inversiones. Por ambas razones, se llegó automáticamente a una disminución de la participación de los salarios que, con toda seguridad, sobrepasó en mucho a ese 7,2 por cien de valor nominal que él ha indicado.

Eike Hennig objeta también que las escalas de salarios hora quedaron congeladas. Pues bien, esto ocurrió a consecuencia de los esfuerzos de la política económica por mantener las tendencias inflacionarias dentro de los límites más bajos, y que fueron coronados por el éxito.

Nos llevaría demasiado lejos, si quisiéramos entrar con detenimiento en el material estadístico de Hennig, presentado muchas veces como una selección arbitraria y, sobre todo, porque también en gran parte se trata de un baile de cifras falto de interés. De la exposición global que voy a presentar a continuación, se deducen claramente dos cosas: los ingresos anuales de los trabajadores se duplicaron al suprimirse el paro, y al lograrse no sólo el pleno empleo sino incluso el muy buscado sobreempleo; la subida de precios en los siete años fue solamente de un 5,6 por ciento, es decir, aproximadamente un 0,8 por cien de término medio anual.

Al mismo tiempo, después de 1932 se consolidó considerablemente la situación financiera del Estado. Para echar una ojeada más profunda sobre la historia previa, comienzo por exponer mis consideraciones sobre el derrumbamiento de la República de Weimar.

I
ASÍ COMENZÓ LA PAZ

El primer ministro de Francia, George Clemenceau, el 7 de mayo de 1919 ante los delegados de todos los estados aliados y asociados en el Palasthotel Trianon de Versalles:

¡Señores delegados del Reich alemán! Este no es el momento ni el lugar para palabras superfluas. Tienen ante ustedes a los representantes autorizados de las pequeñas y grandes potencias que se han unido para poner fin a la terrible guerra que les ha sido impuesta. Ha llegado la hora del gran ajuste de cuentas. Nos habéis pedido la paz. Estamos dispuestos a concedérsela. Por la presente les entregamos el libro que contiene nuestros términos de paz...

El Ministro de Asuntos Exteriores alemán, el Conde Brockdo Dorff-Rantzau:

No nos equivocamos sobre el alcance de nuestra derrota, sobre el grado de nuestra impotencia. Sabemos que el poder de las armas alemanas ha sido quebrantado; conocemos la fuerza del odio que nos enfrenta aquí, y hemos oído la apasionada exigencia de que los vencedores nos hagan pagar como vencidos y nos castiguen como culpables.

Se nos exige que confesemos que sólo nosotros somos culpables; tal confesión sería una mentira en mi boca. La opinión pública de todos los países de nuestros enemigos se hace eco de los crímenes que Alemania cometió durante la guerra. También en este caso estamos dispuestos a admitir las fechorías. Pero Alemania no fue la única que hizo la guerra. Todas las naciones europeas conocen hechos y personas cuyos mejores camaradas se resisten a recordar. Los cientos de miles de no combatientes que murieron en el bloqueo desde el 11 de noviembre fueron asesinados con fría deliberación después de que la victoria estuviera ganada y garantizada para nuestros adversarios. Recordad esto cuando habléis de culpa y expiación.

En el artículo de culpabilidad de guerra § 231 de la Paz de Versalles se dijo:

«Los Gobiernos Aliados y Asociados declaran y Alemania reconoce que Alemania y sus Aliados son responsables como autores de todas las pérdidas

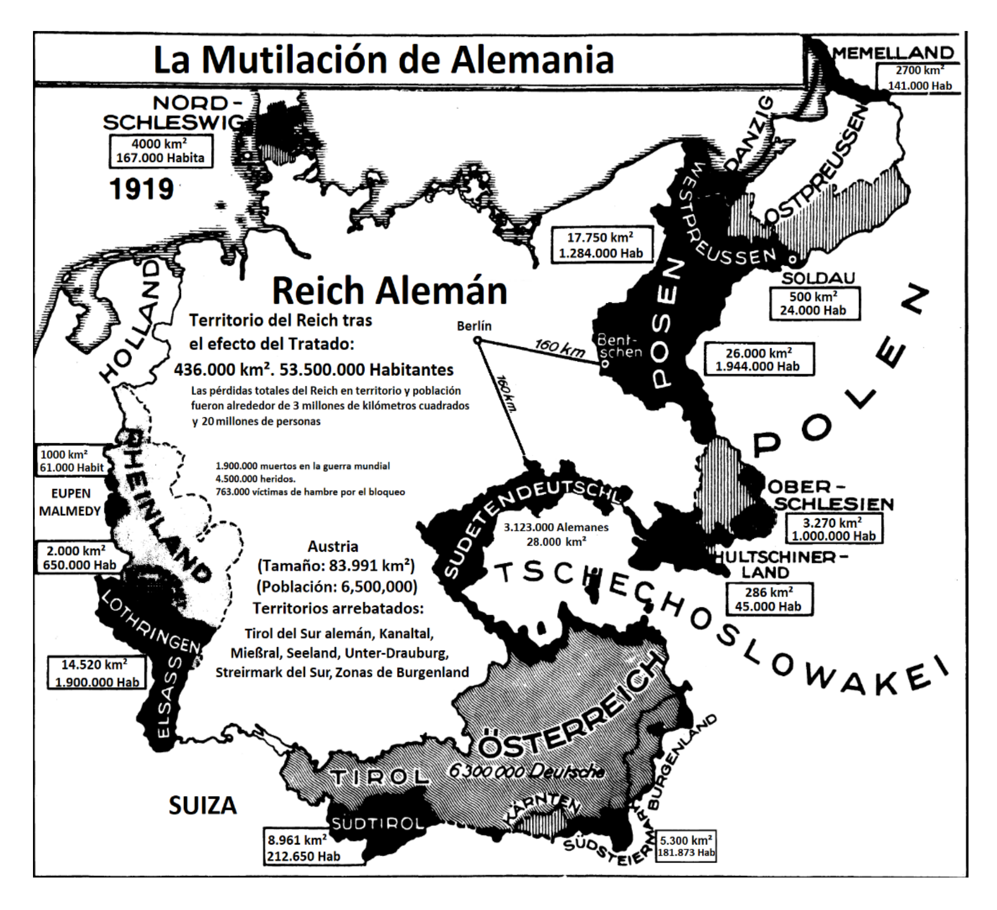
y daños sufridos por los Gobiernos Aliados y Asociados y sus nacionales como resultado de la guerra a la que se vieron forzados por la agresión de Alemania y sus Aliados».

Las condiciones más importantes del tratado incluían las cesiones de tierras impuestas a Alemania, las reclamaciones de reparación y las intervenciones económicas asociadas en la Alemania derrotada. Se cedieron las siguientes:

Nordschleswig a Dinamarca (con votación).
Eupen y Malmedy a Bélgica.
Alsacia-Lorena a Francia.
La región del Saar durante 15 años económicamente a Francia.
Posen y Prusia Occidental, partes de Prusia Oriental, Hinterpommern y parte de Alta Silesia a Polonia.
Danzig como problemático Estado Libre bajo el mandato de la alianza de los pueblos con derecho polaco al voto.
Memel a Lituania.
Los Sudetes a Checoslovaquia –3,5 millones de alemanes.
Tirol del Sur a Italia.
Styria del Sur a Yugoslavia
Todas las colonias.
Prohibición de reunificarse con Austria.

En enero de 1921 se definió por primera vez la suma de la reparación: 226.000 millones de marcos de oro en 42 plazos anuales, que aumentaban anualmente de 2.000 a 6.000 millones. La Comisión de Reparaciones la redujo a 223.500 millones, y finalmente se exigieron 132.000 millones como cantidad definitiva bajo amenaza de ocupación del Ruhr. Finalmente, el Ruhr fue ocupado. Mientras tanto, Alemania cayó en una tremenda inflación: en enero de 1922, un dólar costaba 200 marcos, en julio = 500, en enero de 1923 = 18.000 marcos, en julio de 1923 = 350.000, en agosto de 1923 = cuatro millones y medio, en septiembre casi 100 millones, en octubre 25.000 millones, el 15 de noviembre de 1923 (fin de la inflación) = 4,2 billones. –Y los «astutos hombres de negocios extranjeros» aprovecharon este tiempo para comprar en Alemania. –¡Qué problemas crearon estos mismos hechos! Las condiciones de

desarme asociadas al Tratado de Versalles, etc. parecían inofensivas en comparación. La impotencia crónica de Alemania ante estos hechos, por un lado, y la arrogancia alimentada aún más por ellos, por otro, que estalló en una fatal lucha étnica, especialmente entre polacos y checos, crearon unas condiciones –al margen de la revolución comunista en Rusia y otros países– que no podían regularse pacíficamente si se mantenían los «fundamentos del orden de Versalles».



¡Nunca renuncies!

Publicado en 1928 por encargo del gobierno del Reich
para uso escolar oficial.

II
«MILAGRO ECONÓMICO» EN EL TERCER REICH

En los últimos años, se ha convertido en costumbre referirse al periodo posterior a la Primera Guerra Mundial como los «dorados años veinte» en periódicos, revistas, radio y televisión. Esto debe dar una falsa impresión a quienes no vivieron este periodo. Los años veinte de este siglo fueron terribles, de principio a fin, para la mayoría del pueblo alemán. Este término surgió del renacimiento del arte, la literatura y la música, que parecían haberse extinguido durante la guerra y en la inmediata posguerra. La revitalización de la vida intelectual tuvo lugar principalmente en la capital, Berlín, o en ciudades como Múnich, Harnburg y Fráncfort. Calificar los años veinte en Alemania de «años dorados» es una grotesca falsificación de la historia. Los cuatro primeros años se caracterizaron por el hundimiento de la moneda del Reich en una inflación sin precedentes.

En enero de 1923, el dólar seguía cotizando a 18.000 marcos, pero los billetes de más de un millón de marcos ya se habían convertido en medio de pago. El 25 de octubre de 1923, el tipo de cambio del marco había subido a 40.000 millones de marcos por un dólar. La espiral terminó el 15 de noviembre de 1923. En cuanto a política financiera y economía, el gobierno de Stresemann consiguió implantar una nueva moneda estabilizada durante su corta existencia con la ayuda de Schacht como Comisario de Moneda del Reich y de Luther como Ministro de Finanzas del Reich. Tras diez años de guerra mundial, guerra civil y decadencia, se había logrado un nuevo comienzo.

Pero quien no poseía bienes materiales quedaba empobrecido e indigente. Todo el capital monetario fue aniquilado, ya que sólo había un sello de pensión por un billón —1.000 millones de marcos de papel. El capital de la mayoría de las empresas que estaban bien financiadas antes de la inflación también se vio radicalmente erosionado por la devaluación. El activo circulante disminuyó durante años porque durante demasiado tiempo hubo que comprar y vender valiosas divisas por marcos papel. El enorme flujo de dinero procedente del rápido aumento de la deuda externa oscureció inicialmente la realidad.

El sistema parlamentario democrático de la República de Weimar no consiguió formar un gobierno capaz de controlar la situación social, financiera y económica. Como el Reichstag no lograba producir gobiernos viables, es decir, eficientes, el 29 de marzo de 1 930 el presidente del Reich, Hindenburg, nombra el primer gabinete presidencial. Brüning intentó sustituir la inflación por la deflación, pero en última instancia esto significaba expulsar al diablo con Belcebú. En 1932, casi un tercio de la población activa estaba en paro y los ingresos de los trabajadores habían caído de 23.900 millones de RM en 1929 a 11.000 millones en 1932. Según las estadísticas fiscales, el 69,2 por ciento de los cerca de 31 millones de los llamados perceptores de rentas ganaban menos de 1.200 marcos anuales, el 21,7 por ciento entre 1.200 y 3.000 marcos anuales y sólo el 7,1 por ciento por encima de esa cifra. Había 4,3 parados por cada diez empleados.

Cuando el 30 de enero de 1933 el presidente del Reich, Hindenburg, encargó a Hitler la formación de un nuevo gobierno del Reich, la situación económica y social había alcanzado un mínimo inimaginable. De un total de 18 millones de trabajadores y empleados «existentes», sólo unos 12 millones tenían empleo. De los aproximadamente 6 millones de parados, más de un tercio estaban excluidos del seguro de desempleo y de la asistencia social de crisis; como «parados asistenciales» recibían una media de sólo 55 RM al mes. La indemnización de los parados más acomodados era entre 15 y 20 RM al mes superior. No obstante, en 1932 hubo que gastar un total de 4.000 millones de RM en los desempleados. Esto suponía el 16% del total de sueldos y salarios, el 9% de la renta nacional total y el 57% de la renta anual total del Reich y los Länder. La «renta per cápita de la población» había caído de 1.187 RM en 1929 a 627 RM en 1932. Para calibrar la magnitud del empobrecimiento, es importante saber que en la República Federal de Alemania, por ejemplo, la misma cifra estadística era de 8.759 marcos en 1968.

En febrero de 1 933, la deuda exterior ascendía a unos 19.000 millones de RM. Para que se hagan una idea de lo que significaban 19.000 millones de RM en aquella época: la deuda exterior en relación con las exportaciones anuales correspondía a unos 3,3 años de exportaciones de mercancías. En comparación con la República Federal de Alemania en 1969, ¡eso 3,3 años de exportaciones significarían 374.000 millones de marcos!

Términos como «recesión económica» o «desempleo» no caracterizan adecuadamente la situación descrita. Tras la espectacular sangría provocada por la inflación, el colapso del sistema bancario y el creciente desempleo, la mayor parte de la industria estaba al límite de sus posibilidades financieras. La agricultura, empobrecida por la caída de los precios y la disminución de las ventas, sólo se mantenía viva a duras penas gracias a las moratorias y a la congelación de los embargos. Más de dos tercios de la población vegetaban sin esperanza, muy por debajo de un nivel de subsistencia normal. Los gobiernos de los últimos cinco años habían demostrado su incompetencia en política económica y social por falta de ideas y conceptos económicos anticuados hasta el punto de la bancarrota nacional. El empobrecimiento y la desesperación de la población y el rencor contra un sistema de gobierno incapaz de cambiar esta situación fueron el resultado inevitable. En esta situación, sólo podía haber una política económica para el gobierno nacionalsocialista: La lucha contra el desempleo y la creación de puestos de trabajo a toda costa.

Antes de 1932, el líder del grupo parlamentario del NSDAP en el Reichstag, Gregor Strasser, había pronunciado un importante discurso sobre política económica en el que se oponía firmemente a la política deflacionista y a la inacción del gobierno, alegando que éste era incapaz de encontrar por sí mismo una salida a la catástrofe económica y social debido a la falta de capital y a la dependencia de la economía mundial. Strasser dijo entonces, entre otras cosas:

«Cuanto más pobre es un pueblo, tanto más tiene que trabajar, pues no es el capital el que crea trabajo, sino el trabajo el que crea capital».

El 1 de febrero de 1933, Hitler anunciaba en el Reichstag:

«El Gobierno nacional iniciará la gran obra de reorganización de la economía de nuestro pueblo, con dos grandes Planes cuatrienales. Su objetivo es la salvación del campesino alemán para que conserve los recursos alimentarios y con ello la base vital de la nación, y la salvación del obrero alemán mediante una enérgica y amplia lucha contra el paro».

Hitler pidió la movilización para la «batalla del trabajo». Todo ciudadano, y no solo el Gobierno y el Partido, debían contribuir con ideas y proposiciones a crear trabajo. ·El Gobierno quería dar el primer impulso con grandes obras públicas, pero también se pedía a la economía que emprendiera iniciativas para la eliminación del paro. Esta campaña tuvo por lema:

«Primero un puesto de trabajo para cada uno, luego a cada uno su puesto de trabajo».

Hitler estaba convencido de que la terrible situación sólo podría superarse si se lograba una inmensa oleada de colaboración de todo el pueblo. Por eso



Almuerzo en el comedor de trabajadores después de 1933

puso en movimiento toda la fuerza de las organizaciones del Partido y el dispositivo de propaganda de Joseph Goebbels, concentrándolos hacia un objetivo:

«Tenemos que crear, y crearemos nuevamente, trabajo para todos»

El milagro económico se hizo realidad, porque se logró despertar en todo el país un optimismo activista, y se creó un clima de solidaridad general.

En la primavera de 1937, es decir cuatro años después del comienzo de la «batalla del trabajo», el 33% de los parados se había reducido a sólo un 6,5%, y en la primavera de 1938 (antes de la incorporación de Austria) ya sólo quedaban 507.000 parados, que estadísticamente representaban el 2,7%. Si tenemos en cuenta la fluctuación, se había alcanzado casi el pleno empleo, que fue ya una realidad a principios de 1939. Además de esto, el número de personas que estaban en disposición de trabajar, había subido en los cinco años de 18 millones a 20,5 millones. De este incremento, sólo 700.000 puestos correspondían a mujeres que se incorporaban por vez primera a un trabajo profesional.

Durante esos cinco años, el número de viviendas construidas se duplicó en relación a 1932, y las inversiones del sector del transporte subieron hasta 1938, con 3.800 millones de RM, cuatro veces y media más respecto a 1932. De estas inversiones, correspondieron en 1938 un 45% a la construcción de carreteras (de ellos, ya en 1934, unos 178 millones de RM para las autopistas del Reich). Para 1938 las cifras eran de 915 millones, que equivalían a un 50%. Pero el mayor auge lo alcanzaron las inversiones en la industria. Estas habían descendido de los 2.600 millones de RM en 1928 a un fondo de solo 439 millones en 1932. Una cuantía de 2.600 millones ya fue superada de nuevo en 1937, y en 1939 el volumen de inversiones industriales fue diez veces superior al de 1932. El número de coches de turismo y de camiones se había triplicado desde 1933.

De acuerdo con los índices (100 en 1928) el empleo en la industria (territorio del antiguo Reich) se incrementó en los siete años que van desde 1932 hasta 1938 en un 112 por cien, es decir aproximadamente un 13 por cien anual. La cifra total de negocios de la economía (calculada según los pagos del impuesto de tráfico de empresas) desde 1932 a 1938 subió 2,6 veces más. La renta nacional alemana (antiguo Reich) —comparable poco más o menos al actual producto nacional bruto-importó en 1939, con bastante exactitud, el doble que en 1932, o sea 90.000 millones de RM. Igualmente, desde 1932, los ingresos anuales de los trabajadores se habían más que duplicado. Sin embargo, los precios se mantuvieron casi estables. Los índices de precios del Reich relativos a la alimentación, vivienda, calefacción,

vestido, alumbrado y diversos bienes de uso y consumo, subieron en los mismos años un total de sólo 5,6 puntos, es decir, en torno a un 0,8 por cien de promedio anual. Los salarios brutos por semana aumentaron desde 1932 a 1939, en cifras absolutas, en un 30 por ciento, y en capacidad adquisitiva real un 22,6 es decir, más de un 3 por cien anual. Esta serie de cifras puede servir de ilustración sobre el tema *«crecimiento y estabilidad»*.

En este desarrollo económico –y en contra de una opinión generalmente muy difundida– los gastos para armamento ejercieron entre los años 1933 y 1935 un papel muy reducido, en 1936 y 37 casi normal y únicamente en 1938 y 1939 alcanzaron gran importancia. Pero aun considerando esos gastos como fuerza motriz del crecimiento económico, quedaron muy por detrás de las inversiones en los sectores no condicionados por el rearme.

De 1933 a 1939 se invirtieron en la industria, agricultura, transporte, construcción de viviendas, sector energético y Administración pública, alrededor de 100.000 millones de RM. Por el contrario, los gastos para la Wehrmacht y el armamento fueron los siguientes en la renta nacional:

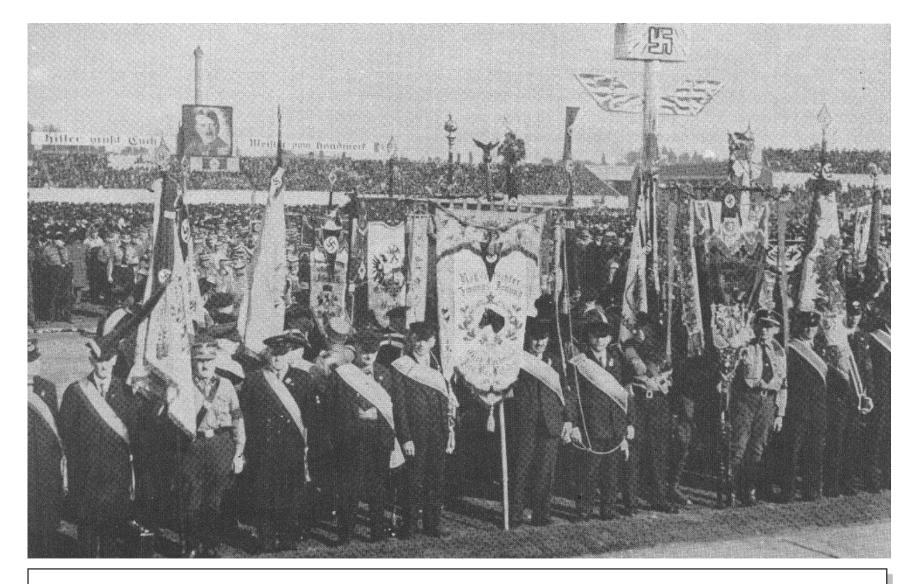
1933-34: 1.900 millones de RM: 4% de la renta
1934-35: 1.900 millones de RM: 4% de la renta
1935-36: 4.000 millones de RM: 7% de la renta
1936-37: 5.800 millones de RM: 9% de la renta
1937-38: 8.200 millones de RM: 11% de la renta
1938-39: 18.400 millones de RM: 22% de la renta

Según los cálculos del Instituto para la Investigación de la Coyuntura, en 1934 la parte de la renta nacional destinada a gastos de armamento importó en Gran Bretaña el 3%, en Francia (1932) el 8,1%, en el Japón el 8,4% y en la Unión Soviética el 9%.

Un límite digamos «normal» para gastos de la Wehrmacht y armamento sólo se sobrepasó cuando ya casi se había eliminado totalmente el paro.

Desde el punto de vista de la política financiera, ¿cómo fue posible conseguir esa «reactivación dirigida»? Hasta 1936, el economista Keynes no empezó a publicar sus ideas innovadoras en pro de una activa política coyuntural. La financiación del auge económico en el III Reich se inspiró en unas concepciones similares (Gregor Strasser: «el trabajo crea capital»), aunque no tuviera por base unas reflexiones hechas con tanta exactitud

científica. La ola de prosperidad se logró gracias a la «creación de dinero productivo». Medidas concretas para la obtención de puestos de trabajo se financiaron por el Reichsbank —como ya se había hecho a escala reducidísima en tiempos de Brüning y Papen— mediante el redescuento de letras financieras e intercalando varias sociedades de financiación. El coste total de estas medidas para crear puestos de trabajo ascendió entre los años 1933 a 1936 a cerca de 5.000 millones de RM., de los cuales fueron amortizados hasta 1939 unos 4.000 millones mediante el pago de las letras a través del presupuesto ordinario.



Las asociaciones y gremios de artesanos alemanes marcharon el 15 de octubre de 1933.

Las importantes inversiones económicas que se llevaron a cabo en Austria, los Sudetes y el Protectorado (de Bohemia y Moravia) fueron financiadas en su mayor parte mediante «avales del Reich», a través de las vías normales de crédito. Para equipos de armamento, y por medio de una financiación especial (letras Mefo, libranzas de suministro, bonos tributarios, avales del Reich y otros medios de financiación similares) se utilizaron hasta 1939, a lo sumo, unos 20.000 o 25.000 millones de RM. Las inversiones en las fábricas que producían esos bienes de armamento, se financiaron

mediante deducciones concertadas en el precio y, por tanto, están incluidas en los costos de los equipos de armamento. El gasto de las necesidades ordinarias de la Wehrmacht, que se estaba reorganizando (gastos de personal, construcción de edificaciones e inventario) pudo ser retraído en su mayor parte del presupuesto ordinario. No olvidemos que, a causa de la gran animación de la vida económica, la recaudación por impuestos y aduanas pasó de los 6.800 millones de RM de 1932 a los 23.500 millones de 1939. ¡Se había más que triplicado! Sólo del incremento de impuestos y tasas aduaneras, respecto al nivel de 1933, se obtuvieron suplementariamente en estos siete años, y quedaron a disposición del presupuesto del Estado, más de 40.000 millones de RM (que, naturalmente, de ninguna manera eran sólo para el presupuesto de la Wehrmacht).

Para la financiación no se recurrió nunca a la máquina de imprimir billetes. El dinero en circulación, desde el 31 de diciembre de 1932 al 28 de febrero de 1939 (última cifra antes de estallar la guerra), aumentó sólo de 5.600 millones a 10.900 millones, es decir, la corriente monetaria subió casi un 100 por ciento con un incremento de más del 100 por ciento en el volumen de la actividad económica, y una expansión per cápita del ámbito monetario (Austria y los Sudetes) de más de un 15%.

La Deuda exterior alemana disminuyó de los 19.000 millones en febrero de 1933 a 9.900 millones en febrero de 1938. Frente a un «consumo de capital» de 2.894 millones de RM en el año 1932, tuvimos en 1938 una formación de capital monetario de 7.000 millones de RM.

La crisis económica y la miseria ya habían sido eliminadas para 1938. Asimismo, el segundo Plan Cuatrienal había llegado con éxito a su término: en sólo cinco años se había conseguido salvar al campesino alemán para que mantuviese las bases alimentarias y vitales de la Nación. El nivel de precios de los productos enviados por la agricultura alemana al mercado subió de 1932-33 hasta 1938-39 —con grandes contrastes— un 35 por cien como término medio conjunto. Pero el índice de precios del Reich sobre el coste de la vida, revela que el coste de los alimentos para el sustento de la población no subió más de un 6,5%. O sea que, para conseguirlo, los beneficios comerciales sufrieron una fuerte reducción. Con una adecuada política de precios se consiguió el cambio de cultivos de cereales en favor de las patatas, ganado vacuno y leche. Los gastos de explotación de las empresas

subieron de 1932-33 hasta 1938-39 en un 33 por ciento, mientras que los ingresos por ventas en el mismo periodo aumentaron un 72 por ciento. El superávit de producción calculado estadísticamente para la agricultura en su conjunto (antiguo Reich), subió en una línea continua de los 766 millones de RM en 1932-33 a los 3.480 millones de RM en 1938-39, es decir cuatro veces más.

El desarrollo que hemos expuesto aquí brevemente, significó, para la mayor parte del pueblo alemán, el paso de la miseria, el abatimiento y la desesperanza a una existencia que se suponía segura y digna • de ser vivida, y produjo en la inmensa mayoría del pueblo un fondo de confianza, que se conservó hasta ya muy entrados los años de la guerra.

Hitler —así se creía— había salvado al pueblo alemán de una situación desesperada. Ante esto, el individuo sentía desvanecerse todo cuanto hubiera podido saber u oír respecto a fallos personales o de otro tipo en el Partido y en el Estado, sobre abusos, o sobre exageraciones de la propaganda e instigaciones contra los que pensaban de otra manera. A él, a Hitler, no se le atribuía nada de ello. El también sería capaz de subsanar esos fallos algún día, así se consolaba la gente. El milagro económico que cada uno había vivido, hizo sentir todavía sus efectos, como vivencia dominante, durante mucho tiempo.



Se ejecutaron proyectos individuales de gran envergadura. Centrales eléctricas, conducciones de agua, puentes, autopistas, aeródromos, canales, presas, plantas de tratamiento de aguas residuales. Aquí: Una de las tuberías de agua más grandes del mundo en ese momento ¡La fábrica de resina Osterode-Bremen ha sido iniciada!

III
LAS METAS DE LA POLITICA EXTERIOR DE HITLER

Este tema, que me ha sido sugerido por historiadores, me pone en apuros, pues parte del supuesto de que hubo unos objetivos en la política exterior de Hitler, los cuales, desde un principio, se mantuvieron como definitivos e inalterables, o al menos —según el consenso general— se consideran ahora como tales. Yo no logro ver esto así de buenas a primeras.

Hitler, de acuerdo con su modo de pensar y de trabajar, en los problemas importantes no partía nunca de un plan fijo, sino que los iba resolviendo mediante su propia actividad e impulsos, y vigilando su progreso; a menudo era muy calmoso antes de tomar decisiones definitivas, pero, una vez considerada madura la situación, las impulsaba con gran dinamismo, les daba otro giro o incluso las revocaba por completo si había llegado a otra conclusión. Ciertamente, esto ocurrió también con una parte de los objetivos de su política exterior, los cuales no cabe estimar como fijos en su totalidad, y ni siquiera como conocidos, tal como piensan muchos historiadores. Y, según mi opinión, esto es especialmente válido para el leitmotiv de su libro *«Mi Lucha»: «la obtención de espacio vital»*.

De. 1934 a 1938 fui colaborador íntimo y de confianza de Wilhelm Keppler, que entonces era delegado del Führer para Asuntos Económicos. Mucho antes de 1933, él ya mantenía estrechas relaciones con Hitler. A través del barón von Schroeder había entablado contacto con von Papen y presentó a éste a Hitler y también a von Ribbentrop, con el cual sería después secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

En los años de estrecha colaboración con Keppler, y durante los viajes que hicimos juntos, no me cansaba de preguntarle sobre lo que sabía o creía saber respecto a los planes de Hitler para el futuro (Keppler no era precisamente un hombre de estricta discreción). Durante todos aquellos años, en ningún momento se había hablado entre él y Hitler o entre él y von Ribbentrop, con el cual se tuteaba Keppler, de un «espacio vital en el Este» ni de «un Imperio en el Este» como meta política; sin embargo, sí habían hablado de una revisión de las fronteras del Tratado de Versalles, que había concedido al recién formado Estado polaco las provincias prusianas de

Posnania (Posen), Prusia Occidental y parte de la Alta Silesia. Hitler sabía muy bien, al menos en 1939, que no necesitábamos ni hubiéramos podido poblar más «espacio colonizable» en el Este, tal como él soñara en los años veinte. En un informe dictado personalmente por von Neurath, entonces protector del Reich para Bohemia y Moravia, y enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores, dice lo siguiente sobre una consulta con Hitler, en diciembre de 1939: «Se prescindirá de poblar con alemanes el país (Protectorado) a gran escala, porque la germanización del Este nuevamente alemán (Prusia Occidental, Posnania, Alta Silesia) merece especial atención y ni siquiera para esto alcanza apenas el número de colonos alemanes».

Mirando hacia atrás, frecuentemente se suele creer que todos los objetivos de la política exterior de Hitler se pueden comprobar en su libro «Mi Lucha», escrito en 1924-25.

Yo, como ciudadano muy interesado en la política, leí «Mi Lucha» en 1929, en un viaje de negocios en barco a los EE.UU., y desde entonces no he vuelto a hacerlo. Al fin y al cabo no se trataba de una Biblia, en la que uno tuviera que creer. El cabo de la Primera Guerra Mundial había escrito, en prisión, la primera parte de su libro, a los 35 años, cinco años después del derrumbamiento del Reich; es decir, en aquel tiempo en el que la inflación había destruido gran parte del patrimonio del pueblo alemán. No era aquella una época en la que uno estuviese predispuesto a soñar con utopías. Entonces, Austria y Checoeslovaquia –entes estatales construidos artificialmente– apenas tenían cinco años de vida. Austria era un «Estado contra su voluntad», pues su población había querido el Anschluss con el Reich, y Checoeslovaquia (que en una parte importante comprendía los Estados de Bohemia y Moravia, del antiguo Reich) estaba formada por cinco naciones, entre las cuales los checos dominantes ni siquiera representaban a la mitad de la población. No había entonces motivo alguno para aceptar que estas creaciones estatales significasen unas soluciones históricamente definitivas.

Aunque el libro de Hitler pedía una revisión de las prescripciones territoriales del Tratado de Versalles (sin contar la Alsacia-Lorena, que Hitler quería ver excluida), no había por qué deducir de ellos «propósitos de guerra» hitlerianos. El mundo no lo hizo entonces, y nosotros tampoco. Al fin y al cabo, los acontecimientos hasta finales de 1938 mostraron que las revisiones eran realmente posibles, sin derramamientos de sangre. Austria, los Sudetes e incluso Bohemia y Moravia. Tres cosas podía saber ciertamente cualquiera sobre los objetivos de la política exterior de Hitler: gestionaría en el momento adecuado una revisión de las resoluciones territoriales de los tratados de Versalles, St. Germain y Trianon; pediría la igualdad de derechos del Reich; y también tenía presente entonces –aunque de una manera muy vaga– la idea de la extensión del espacio vital alemán, fuese ello lo que fuese.



Mitin de empresas.

Después de la unión de Austria y de los Sudetes, de la creación del Protectorado (de Bohemia y Moravia), y de la reincorporación de las viejas provincias prusianas de Posnania, Prusia Occidental y Alta Silesia, para la mayoría de la gente toda esta problemática era ya una cosa liquidada y resuelta.

Pero nos encontrábamos en estado de guerra con Francia e Inglaterra como potencias garantes de la vencida Polonia... ¡y esta guerra no se contaba ciertamente entre las metas de la política exterior de Hitler! Además, no estábamos preparados para esta guerra simultánea con dos grandes

potencias, y Hitler no la había esperado ni deseado, al menos en aquel momento.

Ni la Administración económica ni la gran industria habían tenido la posibilidad de formarse de antemano una opinión propia sobre las actividades de la política exterior de Hitler, que hemos descrito hasta ahora. Nadie les había informado ni les había preguntado su opinión. Mi jefe de entonces, Funk, ministro de Economía del Reich, no supo prácticamente nada de la entrada en Austria, del desarrollo del conflicto en torno a los Sudetes ni del plan para el Protectorado. Tampoco a Funk se le había preguntado su opinión, ni se le había indicado que hiciese preparativos.

Como todos nosotros, tenía que conformarse con los periódicos y los comunicados oficiales. Hay que decirlo con claridad: nosotros teníamos formalmente, pero no de hecho, un Gabinete del Reich que tomase acuerdos. De los ministros, con la excepción de von Ribbentrop, sólo Goring, como cuasi-representante de Hitler, era consultado e informado en las primeras fases de un planeamiento, y aun así no siempre. Por tanto, no eran las informaciones concretas, sino los rumores, los que definían el panorama de la «política exterior», el cual, por ejemplo, podía deducirlo la Administración de la economía y de la industria, en un momento dado, conociendo el estado de activación de los armamentos. Por eso, el tema del rearme lo trataré especialmente en otro capítulo de este trabajo.

Ante todo, parece ser necesario decir algo, en términos generales, sobre las relaciones de la economía, y especialmente de la industria y de la gran industria, con el Partido y el Gobierno en el III Reich, ya que parecen subsistir sobre esta cuestión ideas aventuradas, incluso entre los historiadores.

IV
EL PARTIDO Y LA ECONOMIA EN EL III REICH

No se puede y no se debe hablar aquí de la economía como una especie de configuración monolítica, con un mismo espíritu, idénticos intereses y las mismas convicciones y objetivos políticos. Esto no fue así en el Reich del Kaiser, en la República de Weimar ni en el III Reich, ni tampoco sucede de ese modo actualmente. Por tanto, hay que saber distinguir. Si a continuación formulo el correspondiente y breve bosquejo, quisiera legitimarme, para tal propósito, de una manera muy concisa: antes de 1933 colaboré con toda una serie de entidades económicas; de 1933 a 1942 fui presidente de la Cámara de Industria y Comercio de Niederlausitz y vicepresidente de la Cámara de Economía de Berlín-Brandenburgo.

Algo más tarde pertenecí asimismo a la presidencia de la Cámara de Economía del Reich. A muchos presidentes y secretarios ejecutivos de las Cámaras en el territorio del Reich, les conocí bastante bien durante más de un decenio, tanto por razones de servicio como también personalmente. En el NSDAP fui, desde 1933 a 1942, consejero económico de los gau (regiones), y miembro de la Comisión de Política Económica y, por las propias relaciones internas del partido, asambleas, reuniones de camaradería y otras causas, conocí aproximadamente a unos dos tercios de los gauleiter (jefes regionales), además de los consejeros económicos de los gau en todo el territorio del Reich. Desde que inicié mis actividades exclusivamente en el Estado y para el Estado, en múltiples puestos, finalmente de primer orden, conocí oficialmente a las más importantes personalidades dentro y fuera de las organizaciones económicas y, a una buena parte de ellas, también personalmente. Por tanto, fui «cómplice» y al mismo tiempo «testigo», y sé de lo que hablo si ahora hago las siguientes consideraciones:

a. Los campesinos y la población agraria fueron de los primeros y más fervorosos partidarios de Hitler y, desde muy pronto, votaron en su mayoría por el NSDAP. Ya antes de la toma del poder, hubo muchos puestos clave en las organizaciones agrarias ocupados por nacionalsocialistas. Casi al mismo tiempo, a partir de. 1933, los grandes propietarios agrícolas que quedaban de cuño nacional-alemán, —y que durante la época de Hindenburg

habían gozado de influencia política por él y por encima de él— fueron desplazados casi por completo de esas organizaciones. Los nacionalsocialistas tuvieron un papel decisivo en el Reichsnabrstand (Gremio Alimentario del Reich), que, junto al Ministerio de Alimentación; marcaba las pautas en todo lo relacionado con la agricultura, y al cual, por ley, pertenecían como miembros todos los campesinos. El Gremio Alimentario del Reich y sus dirigentes, con la excepción de la mayoría de los grandes propietarios agrícolas, se identificaron con el Partido y con el Estado, y mantuvieron una actitud más bien escéptica frente a la economía de los oficios industriales, la cual, según sus conceptos, era «capitalista». Entre otras cosas, tenían la sensación de ser mantenidos en una estabilidad de precios casi total para sus productos, aunque la estabilidad de precios para su utillaje en un principio no había sido aprobada por la economía industrial. El Gremio Alimentario del Reich era considerado en el Partido como *«ideológicamente seguro»* y excelente en su ramo. La economía agraria y su organización, cumplieron su *«deber para con el pueblo y el Estado»,* tal como ellas lo vieron, de un modo óptimo hasta el amargo final.

b. Las pequeñas empresas de carácter gremial, es decir, la artesanía, el comercio al detalle y la pequeña industria, y también un porcentaje muy elevado de los miembros de otras profesiones libres, se encontraron muy pronto, al igual que los campesinos, entre los partidarios de Hitler; Como organización próxima al Partido, la *«Unión para la defensa de las pequeñas empresas gremiales»* tuvo un papel importante en las elecciones y en la propaganda anteriores a 1933. La *«Ley para la protección del pequeño comercio»* fue en 1933 una de las primeras leyes del nuevo Gobierno.

c. El sistema bancario de las Cajas de Ahorros y cooperativo, con su arraigo regional, se adaptó rápidamente y sin fricción alguna al Estado nacionalsocialista. La banca privada y, sobre todo, los grandes bancos, fueron presentados, en general, como entes sospechosos de ser contrarios al Nacionalsocialismo, dado que el Partido se sentía absoluta e inequívocamente «anticapitalista», fuera lo que fuese entendido con ello. Se propuso a un miembro de la Reichskreditgesellschaft (gran banco de propiedad estatal) como director del Grupo de Bancos del Reich, y las presidencias y los consejos de administración de los grandes bancos, una vez separados los miembros judíos, fueron ocupados parcialmente por

partidarios y simpatizantes del Nacionalsocialismo, o que eran tenidos por tales; pero, en general, las relaciones entre el Partido y los bancos fueron, por lo menos, frías.

El mundo bancario no tuvo una influencia cuyo peso pudiera hacer caer en lo económico y, menos aún, en la política económica. Sólo lentamente pudo recuperarse de la crisis bancaria de 1931-32 (derrumbamiento de los Bancos de Darmstadt y Dresde). Después de dos o tres años de rápido pleno empleo en el III Reich, lograron reponer sus fuerzas y su espíritu emprendedor, y extendieron muy activamente su esfera de intereses (también industriales) a Austria, los Sudetes, el Protectorado de Bohemia y Moravia y a· las recuperadas provincias del Este del Reich. Las actividades que también trataban de llevar a cabo en los territorios ocupados en el Oeste tuvieron que ser limitadas.

Con toda seguridad, el Dr. Hjalmar Schacht no fue propuesto por los bancos como presidente del Reichsbank, ni después tampoco como ministro de Economía, y ni siquiera fue favorecido por ellos. Lo cierto es que Schacht tomó la salida en solitario en el Frente de Harzburg, y buscó las relaciones con el círculo de amigos de Keppler y con el propio Hitler. Como ministro efectivo de la Economía del Reich desde 1934 a 1937, fue considerado por la gran industria como protector y, en parte, abusaron políticamente de él; así se vio, por ejemplo, en la disputa con la industria del acero en torno a la construcción de las Empresas del Reich «Hermann Göring».

Él se portó, pronto y conscientemente, casi como un enemigo del Partido. Su aversión fue correspondida fuertemente en el seno del NSDAP. Pero la verdadera causa de su caída como ministro de Economía, está en la discusión iniciada con Göring en 1937, en torno a las instrucciones sobre competencias dictadas por este último, como delegado del Plan Cuatrienal.

d. Ya antes de 1933 había en las filas de los empresarios de la pequeña y mediana industria convencidos partidarios del NSDAP, más bien aislados, y un mayor número de simpatizantes.

El rápido éxito de la política del Gobierno para crear puestos de trabajo, que culminó hacia 1937 en el pleno empleo, la política social nacionalsocialista (Ley para la Ordenación del Trabajo Nacional y actividades del Frente del Trabajo), y el afianzamiento del nivel nominal de los salarios (las prestaciones complementarias subieron considerablemente),

eliminaron el escepticismo inicial, y motivaron que pronto numerosos industriales aceptasen una colaboración concertada y de confianza, y estuvieran dispuestos a realizar una amplia actividad honorífica, no retribuida, en las organizaciones económicas. Por eso, las Cámaras de Comercio e Industria y sus organismos centrales pronto estuvieron dirigidos por activos nacionalsocialistas, que gozaban también de la confianza de las organizaciones locales del Partido. Del mismo modo se encontraron para la dirección y los consejos consultivos de las estructuras económicas centrales, tales como grupos técnicos, grupos económicos y grupos del Reich, una infinidad de personalidades empresariales, dispuestas a una colaboración intensiva y a trabajar con todas sus fuerzas. Todo esto se refiere a los sectores de la pequeña y mediana industria, es decir, sobre todo a los empresarios de la industria de bienes de consumo y de primera necesidad, y de la industria de bienes de producción en su más amplio sentido. Durante el Imperio del Kaiser y en la República de Weimar, ellos no estaban acostumbrados a que los partidos políticos tuvieran en consideración su influencia para la política económica, y menos aún a que pudieran influir en la *«alta política»*. Para ello, ni siquiera bastó, por ejemplo, el peso del Deutsche Volkspartei (Partido Popular Alemán) que, durante la República de Weimar, estuvo especialmente vinculado a la industria.

e. La industria pesada o gran industria jugó un papel político importante, fuera de la industria en general, y también junto a ella, en la República de Weimar. Se solía incluir en ella, en términos generales, por ejemplo la siderurgia, la minería, la gran industria química, la gran industria eléctrica y parte de la fabricación de maquinaria pesada, por último también se sumaban los grandes astilleros y el sector del armamento, el cual, sin embargo, en la República de Weimar sólo jugó cuantitativamente un papel más bien modesto. Delimitar claramente el concepto de *«gran industria»* no era tan fácil. Tratábase más bien de los *«grandes»*, a los cuales se conocía más por sus apellidos que por el nombre de las empresas. Krupp, Thyssen, Roechling, Stumm, Kloeckner, Poensgen, Voegler, Siemens, Bosch, Helfferich, Schaffgotsch, Friedrich Flick y, naturalmente, la IG Farben y alguna más. Estas empresas se procuraron, antes de 1933, posibilidades de información y de influencia, incluso fuera de los ámbitos profesionales, mediante unas relaciones especiales directas, bien organizadas y cuidadas,

con los círculos gubernamentales en el más amplio sentido de la palabra, con los diplomáticos, con funcionarios de ministerios, con los grandes bancos y con los servicios de la Reichswehr, posibilidades de las que no disponían los demás industriales. Esta red de información y de influencias fue la que echó cimientos para lanzar hombres de confianza como diputados, con la ayuda del notable apoyo financiero de partidos *«económicamente amigos»*, caso del Partido Popular Nacional Alemán y del Partido Popular Alemán (DVP), y la que permitió incluso a algunos grandes industriales, como Hugenberg, Helfferich, Voegler y otros, a presentarse ellos mismos como diputados en el Reichstag.

En los años veinte, yo mismo pude observar en el DVF, al que estaba afiliado entonces, cómo se actuaba entre bastidores: fría, escuetamente, más de un modo inofensivo e ingenuo que refinada o incluso diabólicamente. También se poseían participaciones en los órganos de Prensa, o se les apoyaba económicamente. Hugenberg creó para el Partido Popular Nacional Alemán un trust de periódicos, y adquirió la UFA como medio cinematográfico. Dentro del círculo relativamente reducido de personalidades que durante el periodo de Weimar ejercieron realmente una auténtica influencia en la política y en el gobierno, la gran industria representó un bloque que tuvo esa influencia sobre todo en las políticas económica, financiera, fiscal, comercial y de armamento (no en la política exterior), sí bien dada la fuerza parlamentaria de socialistas, comunistas y Partido del Centro, no tuvo, ni por asomo, el poder y la influencia que le atribuían los comunistas, como supuesto *«monopolio del capital»* dominante entre bastidores. Ellos no ambicionaban tampoco —con la excepción quizás de Hugenberg— el poder político. Lo que querían era asegurar y promover los intereses de sus grandes empresas, tanto en el país y en el extranjero como en los pedidos estatales, y defenderse contra unas cargas impositivas y sociales demasiado altas. Quizás también podían impedir o dar la vuelta a algunas cosas en el Parlamento, pero no podían hacer nada verdaderamente importante.

Friedrich Flick confesó, ante el Tribunal de Nuremberg, que una empresa tiene que poder vivir y trabajar con cualquier Gobierno. Por eso él apoyó también siempre con dinero durante la época de Weimar a todos los partidos parlamentarios —y hubo bastantes— «con la excepción del partido

comunista». Pero la influencia política de la «gran industria» no alcanzó a tanto como para que, en el período de la República de Weimar, pudiera poner en pie al menos un solo Gobierno, con fuerza y capacidad, para solucionar los problemas financieros e industriales de la economía alemana tras el derrumbamiento de la moneda, para frenar la creciente miseria del pueblo alemán y para crear una nueva base de confianza.

En marzo de 1930, el presidente del Reich, von Hindenburg, encargó a Heinrich Brüning que formase el primer «*gabinete presidencial*». Con ello, la República parlamentaria de Weimar, como tal, había llegado a su fin.

El Dr. Brüning, que merece respeto en todos los aspectos, tuvo el valor de gobernar, cosa que se había perdido durante los últimos años de la democracia parlamentaria. Sin embargo, desde un principio le rodeó el aura de que vivía algo divorciado de la realidad, probablemente se debió también a su carácter ascético y a su obsesionado modo de ver el presupuesto del Reich, que le cerraba la visión de la verdadera situación económica y social del pueblo alemán, y le condujo a la vía, completamente ilógica, de querer salvar una economía enferma y en rápido declive mediante una deflación masiva.

Obsesionado por el conflicto en torno a la supresión de las reparaciones, y dedicado a la política exterior, no fue lo suficientemente consciente de que manejaba un pueblo y una economía que, a causa de un paro continuamente creciente, habían caído en una total desesperación y miseria.

El último canciller del Reich durante la República de Weimar, el reaccionario von Papen, que no tenía la menor idea de los asuntos económicos, fue, tal vez, un hombre del gusto de los grandes propietarios agrarios y de la gran industria. Ellos tenían influencia sobre él, pero él mismo no tenía influencia sobre nadie y sobre nada, y desapareció tan rápidamente como había llegado. Hitler fue nombrado Canciller del Reich.

Para la gran industria se anunció una nueva era, ya en 1930, cuando 107 nacionalsocialistas fueron elegidos para el Reichtag. Hay que decirlo de un modo absolutamente drástico: con la toma del poder por Hitler el 30 de enero de 1933, la gran industria vio derrumbarse, sin compensación alguna, la posición política de información y de influencias que había logrado crearse durante los quince años de Weimar. Los puntos de apoyo y las relaciones que hasta entonces tenían en el Reichtag perdieron su valor, ya no era posible

influir en la Prensa y el cine, y los amigos nacional-alemanes desaparecieron muy pronto de los gobiernos del Reich y de los Estados. Los círculos diplomáticos fueron cribados. Apenas quedó en su puesto algún antiguo conocido gobernador de distrito, alcalde o presidente de gobierno regional. Por todas partes donde se mirase, sólo había gente nueva. Únicamente subsistieron los enlaces con la burocracia ministerial de tipo medio, pero su influencia se redujo considerablemente. A los anteriores exponentes de la gran industria ya no se les llamaba para las asociaciones industriales técnicas, para las presidencias de las Cámaras de Industria y de Comercio o para el Grupo «*Industria*» del Reich, y sólo unos pocos eran tolerados. Pues el NSDAP, el Partido, era por sus propias raíces indudablemente anticapitalista. La gran industria se encontró políticamente en el vacío. Todo esto hay que decirlo con toda claridad, para explicar la total insensatez de las afirmaciones de que la economía y la gran industria habían llevado a Hitler al poder, financiándole respectivamente antes y después de tomar posesión del gobierno. Estas afirmaciones las pusieron inicialmente en circulación los comunistas, y las han hecho propias rápidamente sobre todo numerosos historiadores de la R.D.A. Pero sólo que no tienen absolutamente nada que ver con los hechos reales. Naturalmente, en los años 1932 y comienzos de 1933, los grandes industriales no podían saber qué iba a ocurrir en 1933-34. Pero empezaron a figurárselo cuando les «*falló*» von Papen. Sólo a partir de 1932 entablaron sus nuevas relaciones con el NSDAP (cuya denominación real, no lo olvidemos, era la de «Partido obrero nacionalsocialista») y les resultaron fatales.

La cosa era bastante difícil y, si exceptuamos algunos contactos regionales de menor importancia, en el ámbito central para el territorio conjunto del Reich se desarrolló esencialmente por cuatro vías. Hitler hizo a su entonces consejero económico, Wilhelm Keppler, afamado fabricante de Baden, la sugerencia de que extendiese su campo visual y se rodease, de un modo informal, de asesores que le permitieran ampliar sus informaciones y sus relaciones sobre el conjunto de la economía. Así nació el «Círculo de amigos de Keppler», con el que más tarde entraría Himmler en relaciones. Keppler ganó para ello a personalidades que él conocía, y que, en un principio, procedieron de la industria mediana. Cuanto más se acercaba la hora X, más fácil le fue. Pero para ello no se le presentaba desde arriba a la gente, sino

que, a lo sumo, era admitida, y tenían que ser de la especie de Keppler, es decir, poseer una gran experiencia económica y un sano sentido común, y ser más bien probos, ni ambiciosos, ni charlatanes. Schacht era uno de ellos, e introdujo a su colaborador Blessing. Del Ministerio de Finanzas del Reich, también pertenecían al grupo el director general Olscher, un hermano de Helfferich, afortunado industrial textil, el banquero barón von Schroeder, el antiguo comandante de submarinos Steinbrink, perteneciente al grupo Flick, así como Bosch y Oetker; con Siemens había relaciones. Todo ello es más o menos conocido, y se ha escrito mucho al respecto. Después de 1933 llegué a conocerles a todos. Solía tratarse con ellos de la configuración del futuro y de la eliminación del paro, mas de dinero se hablaba poco: para ello Keppler era demasiado tímido y torpe, no era el hombre adecuado. Pero en el período de escasez de dinero, también fluyeron de este círculo medios económicos para la Dirección Central del NSDAP. Las jefaturas de las regiones, distritos y grupos locales tenían que financiarse por sí mismas. Como puede comprenderse, a partir de 1933 el dinero afluyó en mayores cantidades. Otro enlace se logró a través del alcalde Winkler y de Walter Funk, que entonces trabajaba con la industria, sobre todo con la pesada, y era conocido experto en temas económicos y el más capacitado director del «derechista» «Berliner Börsen Zeitung». En 1933 fue nombrado secretario de Estado con Goebbels, y en 1938 ministro de Economía. El sí sabía manejar bien el dinero, y consiguió más de un cheque haciendo salir a sus donantes —entre ellos también el consejero de Estado von Stauss, del Banco Alemán— entre alabanzas. Él lograba reunir a sus amigos y bienhechores con la mano derecha de Hitler, Hermann Göring, que tenía una manera habilísima de contribuir al fomento de esta buena voluntad para hacer donativos. Mirándolo bien, Göring era para los amigos de Funk uno «de nuestro clan» —como solía decirse entonces— con el cual se podía hablar, pues fue aviador de caza en la 1 Guerra Mundial y tenía la Orden «Pour le Mérite». Por último, estaba también el gran Thyssen, organizador del «famoso» encuentro de los industriales en Dusseldorf, que dio lugar a una charla de Hitler ante este «selectísimo» círculo de la auténtica gran industria. Thyssen también proporcionó donativos para el Partido.

Pero todo esto no representaba grandes sumas (aunque después aumentaran con los éxitos): de 100.000 a 150.000 RM por empresa. Incluso

hubo una que extendió un cheque por más de 250.000 RM; en tiempos de la crisis económica, ello significaba también mucho dinero para un empresario.

Para el NSDAP, todo ese dinero sólo supuso entonces unas gotas caídas sobre la peña viva de las necesidades pecuniarias, derivadas de la propaganda política, las fuertes luchas electorales y la edición de periódicos del Partido. Los grupos locales, direcciones de distrito y jefaturas regionales, que antes de 1933 trabajaban, de un modo absolutamente predominante, con voluntarios y colaboradores sin retribución alguna, se financiaban con las cuotas mensuales y los donativos de sus miembros, que entonces ya habían sobrepasado el límite del millón. La oleada de mítines y reuniones y los elevados gastos de imprenta, se financiaron por las masas de millones de electores (Hitler obtuvo en 1932, en las elecciones presidenciales, 11,3 millones de votos), que en todas las concentraciones, mítines electorales y colectas callejeras «*para el fondo de lucha del NSDAP*», ponían su óbolo en las huchas que se les ofrecían por todas partes, o bien entregaban en los grupos locales, abierta o discretamente, sus aportaciones, que no siempre eran pequeñas.

La Dirección Central se financiaba dentro del Partido mediante una especie de aportación contingente (de la misma forma que lo hacían los Estados regionales respecto al Reich). Sin embargo, los continuos gastos de viaje de los dirigentes nacionalsocialistas —como Hitler, que solía trasladarse en avión— para hablar en mítines por todo el país, eran grandes. Por eso, naturalmente, venían bien los donativos de la industria, pero, con absoluta seguridad, nunca fueron vitales para la lucha y el triunfo de Hitler, eran una ayuda grata y nada más. ¡La financiación de la gran industria no proporcionó a Hitler, de ninguna manera, el poder! Un ejemplo para la Historia: para el primer Auxilio de Invierno de 1933 (!), es decir, aún en tiempos de una gran pobreza, el pueblo contribuyó con 350 millones de RM, lo cual hay que relacionarlo con el alto valor adquisitivo del dinero de entonces. Pues bien, de acuerdo con los cálculos del momento, no correspondieron a los grandes donativos más de 50 o 75 millones de marcos. La mayor parte del dinero se había conseguido por medio de pequeñas y medianas aportaciones.

Digámoslo con claridad: durante el III Reich, la gran industria no logró adquirir una influencia como tal grupo, ésta, por tanto, no pudo entrar realmente en consideración en ningún momento.



Crucero trasatlántico de la KDF (Fuerza a través de la alegría) «Wilhelm Gustloff».

V
LA GRAN INDUSTRIA Y EL ESTADO EN EL III REICH

Para decirlo de nuevo:

Ni la gran industria se ha comprado influencia como grupo, ni ha tenido en ningún momento una influencia de peso.

Antes y después de 1933, los grandes industriales, en cuanto a grupo, personas individuales y corno directores de empresas, dudaban sobre lo que debían pensar y esperar de un Gobierno nacionalsocialista. Por eso en su mayoría, y corno tal grupo, permanecieron más bien a la expectativa, con escepticismo e incluso preocupados. Esto es especialmente válido para el periodo que llega hasta el putsch de Roehm, la muerte de Hindenburg y la salida de Hugenberg del gobierno. Después el Régimen se consolidó con fuerza y consciente de sus propósitos. Hitler sabía manejar el Partido y el Estado, la paz social parecía estabilizada, se eliminaba drásticamente la miseria del paro, crecía la capacidad adquisitiva del dinero, subían continuamente la producción y la renta nacional, y eran notorios los éxitos de la política agraria y de la reordenación del mercado agrícola. La tormenta revolucionaria ya había pasado. Parecía que podía confiarse de nuevo.

Las abundantes inversiones públicas y los primeros efectos de la remilitarización se hicieron notar en el ramo de la construcción y en la industria pesada, y estaban programadas grandes inversiones en el sector de las materias primas. Se encargaron los primeros pedidos de armamentos, se creó una industria aeronáutica y los astilleros recibían encargos. La animación de la vida económica era evidente.

Al mismo tiempo, el horizonte político ya no estaba tan nublado. Las actividades de la política exterior de Hitler parecían, sin duda, singularmente audaces, pero la salida de la Sociedad de Naciones y la ocupación de la parte izquierda del Rhin se sucedieron sin ningún alboroto, con la Gran Bretaña se firmó un convenio naval y con Polonia una especie de pacto de no agresión, con Italia se cultivaron relaciones amistosas, y a ello vinieron a sumarse unos fructuosos convenios comerciales bilaterales con los países del Sudeste europeo; los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, habían constituido

también un éxito de alcance internacional; y se había aceptado la sorprendente y sensacional incorporación de Austria.

Entonces se produjo un tremendo retroceso. Los acontecimientos de la «noche de los cristales» (9.11.1938) y el endurecimiento de las medidas antisemitas, ilógicos y totalmente inesperados, crearon a la vez indignación e inseguridad dentro del país. Pero además empeoraron el clima de la política exterior en todo el mundo, y causaron un grave descenso en las exportaciones. La industria, nuevamente, se encontraba sorprendida e insegura. Hizo algunas objeciones, principalmente con referencia al daño sufrido por las relaciones económicas con el exterior, pero, más o menos, se sentía desamparada y, además, lo estaba en realidad. Ni siquiera había tenido tampoco la posibilidad de impedir el cese de Schacht, como ministro de Economía, hecho que escandalizó a la gran industria. No podía hablarse de una influencia política, por muchos contactos personales que hubiese, sobre todo con diversos servicios de la Wehrmacht y con Göring y su Estado Mayor. Las relaciones y la influencia no llegaban más alta de la posibilidad de exponer ideas personales en interés de la propia empresa, en los asuntos de pedidos estatales o en la deseada participación en nuevas inversiones (desgraciadamente también en la arianización de empresas) o a problemas de menor categoría. El único intento anterior de la industria del acero, que en 1936 protestó contra la construcción de la acerería de Salzgitter, basada en la explotación de minerales ferruginosos alemanes, fracasó totalmente.

El ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, apenas mantuvo relaciones con la industria; él les resultaba bastante inaccesible. Los contactos con el Ministerio de Asuntos Exteriores no servían para nada, pues el mismo Joachim von Ribbentrop sostenía unas relaciones que eran más bien libres con su propio Ministerio. En el proceso decisorio de las cuestiones políticas importantes, el Ministerio de Asuntos Exteriores participaba mucho menos que antes, a causa del secreto en que se mantenían. Además no existía ninguna otra institución que hubiese podido facilitar a un grupo tan importante el influir en decisiones concretas de la política exterior, y menos aún en la política exterior en general. El estilo de gobernar de Hitler no permitía esto. Como es sabido, ni siquiera se consultaba al Gabinete del Reich, por tanto, menos aún iba a participar éste en la búsqueda de soluciones. Hitler, en lo que se refiere a las actividades de la política exterior,

tenía evidentemente la opinión de que sólo el más riguroso secreto permite llevar a cabo con éxito cualquier acción.

En eso, por tanto, la forma de gobernar era puramente dictatorial. Pero esto sólo es válido para aquellos asuntos que Hitler asumía por sí mismo.

Tampoco existía una organización central, ninguna corriente generalizada desde abajo a arriba. Hitler sólo quería ser informado, o que se le pidiesen instrucciones, mediante una petición previa. Goring, cualquier ministro y todos los posibles delegados especiales a todos los niveles, tenían plenos poderes decisorios en el campo de su actividad. Para los problemas más importantes de tipo económico o de política de armamentos, Göring, y en guerra el propio Hitler, consultaban como expertos —si bien con poca frecuencia— a personas individuales, no a grupos o entidades. Ciertamente, la *Wehrmacht* se servía, en amplia medida, de la colaboración de personalidades de la economía, competentes en cuestiones técnicas de armamento, pero todo esto no tenía nada que ver con la política, ni con las influencias políticas. La economía no iba asociada con el Estado —y menos aún en igualdad de derechos—, sino que era más bien un órgano subordinado, tan servidor del Estado como el cuerpo de funcionarios o la *Wehrmacht*.

La naturaleza del caudillaje se manifestó principalmente en el hecho de que el Estado y el Gobierno ocuparon un nivel superior, por ejemplo, al de la República de Weimar; pues tal como señalaba la filosofía del Estado, sólo el NSDAP y el Führer representaban la voluntad del pueblo y la ejecutaban. Junto al NSDAP no había otros partidos, pues los anteriores habían sido disueltos. No existían otras fuerzas económicas, sociales o elitistas que hubiesen podido actuar como interlocutores del Gobierno, sentirse como tales o exponer las exigencias de determinados grupos.

Cuando, por absoluto desconocimiento de este principio, un tal Kessler quiso establecerse en 1933 como «Führer de la economía», y empezar a actuar como tal en igualdad de condiciones frente al ministro de Economía del Reich, su destitución por Posse, que era entonces Secretario de Estado de ese ministro, fue inmediata y contó con la aprobación de Hitler. El Dr. Schacht, que no era nacionalsocialista, fue luego en 1934, con la *«Ley Preparatoria de la Estructuración Orgánica de la Economía Alemana»* y disposiciones sucesivas, quien montó una organización económica completa

y muy lógica, supeditada a las instrucciones del Ministro de Economía, es decir del Estado, y en la que se necesitaba su consentimiento incluso para las cuestiones de personal.

Esta organización económica debía seguir el principio de «*Staatliche Direkive, wirtschaftliche Exekutive*» (Dirección por el Estado y realización por la economía). El NSDAP, como Partido, tenía una mínima influencia en esta organización económica, que probó su eficacia, como formidable instrumento del Estado, tanto en la paz (sobre todo, por ejemplo, organizando la economía exterior) como durante la guerra (cooperando en la economía bélica).

Pero además de esta organización económica, había otros engranajes que vinculaban al Estado con la economía. Así, por ejemplo, la Comunidad de la Industria Alemana de Lignitos, creada por Schacht, como base financiera para la hidrogenación del combustible procedente del lignito, o bien la ineludible invitación a los economistas, por parte del delegado de Hitler para Asuntos Económicos, Wilhelm Keppler, para que colaborasen en las tareas ejecutivas del Estado. El profesor Krauch, de la IG-Farben, fue nombrado presidente de la junta Directiva de la Braunkohlenbenzin AG (Gasolina de Lignitos S.A.), que dependía de la citada Comunidad, y llevó consigo a muchos colaboradores de la IG-Farben. Pasó después al Departamento de Materias Primas Alemanas, de Göring, más tarde fue también jefe de la Oficina de Fomento Económico del Reich, y Göring le nombró delegado general para tareas especiales del sector químico. La amplia participación de la IG-Farben era bastante comprensible, pues la mayoría de los descubrimientos en materias primas elaboradas sintéticamente se basaban en largos años de investigaciones y trabajos de la IG-Farben. En lo relativo a los otros sectores de materias primas, Keppler nos llamó, para su plana de colaboradores en estas cuestiones, a Pleiger y a mí como economistas. Este principio, de que la economía estuviera dirigida por economistas, se fue extendiendo cada vez más, tanto en los años de paz como en los de guerra, y llegó hasta la era de Speer. Pero todos los que fueron convocados de esta forma, se separaban automáticamente, por decirlo así, de las filas de la economía, y por sus conocimientos y capacidades eran nombrados en su empleo accidental Staatsbeuftragte (comisionados estatales), tenían que ser conscientes de los que representaban y, en su abrumadora mayoría, lo eran.

Por eso, en principio, podía decirse que no era la IG-Farben la que por medio de Krauch tenía influencia en el Estado, sino que era el Estado el que a través de Krauch tenía influencia en la IG-Farben. Tampoco la industria del acero logró influir, a través de Pleiger, en el asunto de la ampliación de la capacidad productora de acero, pues sucedió todo lo contrario.

La Era de Speer

Lo mismo cabe decir de la era de Speer: los numerosos directivos de comisiones y agrupaciones económicas que trabajaban en el Ministerio de Armamentos de Speer, dirigían la economía para Speer, y no a Speer para la economía. No fue la industria del carbón la que tuvo influencia sobre el Estado, por medio de la ulterior Unión Carbonera del Reich (RVK), sino que la RVK se limitó a cumplir —eso sí, ejecutándolas de un modo independiente— las directrices del Estado. No debe ignorarse que, dada la extraordinaria amplitud que alcanzó este principio, no todos los economistas supieron acertar rápidamente con su papel de que sólo eran comisionados del Estado, y por eso hubo, en ocasiones, conflictos de intereses. Pero toda reglamentación y cualquier principio es casi perfecto si funciona en un 80 por ciento y este fue entonces ciertamente el caso.

Durante la guerra centenares de economistas se identificaron con el Estado, el cual —queramos o no— tenía ilimitadamente en sus manos el bien o el mal de su pueblo. En ningún momento se planteó la cuestión de que los economistas pasasen a una oposición, incluso revolucionaria, ni siquiera entre aquellos que habían perdido su confianza en el Estado o que incluso lo reprobaban. La pregunta planteada por algunos historiadores, de por qué la economía no «hizo» nada, es irreal. Carecía de todo poder, y no tenía a nadie en quien hubiese podido apoyarse, en el supuesto de haber llegado a la idea de un golpe de Estado. Todos estábamos embarcados en un mismo bote, y con una difícil tormenta: balancearse no suponía ninguna salvación. Tampoco la conjura de los oficiales del 20 de Julio llevaba a nadie detrás. Sólo que ellos no lo sabían. Hasta qué punto grotesco pueden deformar los historiadores de la R.D.A. las relaciones entre el Estado y la economía, lo revela la afirmación de que Kehrl, como «representante del capital de los monopolios», era el verdadero inspirador de la planificación central, mientras que los demás miembros de ella sólo eran comparsas. Ciertamente,

jamás ha habido nadie en la gran industria que, por un solo momento, me haya considerado precisamente a mí, mediano industrial, como «representante de la gran industria», máxime cuando ya se me conocía como nacionalsocialista.



21/6/1940 Armistício de Compiègne (no estaba en el «programa»)

VI
ECONOMIA Y REARME

En otro párrafo de este trabajo, ya expuse que ni la Administración económica ni la industria estaban informadas sobre las actividades que se proponía realizar Hitler en su política exterior, ni sobre los fines de ésta a largo plazo, si es que realmente los hubo. A los más distintos niveles de la organización del Partido, se fomentaba también una reconciliación con Francia, y se preparó con todos los medios de la propaganda una renuncia definitiva a la Alsacia-Lorena, aunque no al territorio del Sarre. La Gran Bretaña, Bélgica y Holanda, en cuento se sabía, eran consideradas, desde el punto de vista de la política exterior y militar, como algo tabú. Solo la remilitarización y el rearme daban el único dato, imposible de ocultar, sobre la posibilidad de complicaciones bélicas en el futuro. Cualquier observador atento de la Administración económica o de la industria podía sacar sus conclusiones respecto a la construcción de cuarteles y aeródromos, al incremento de las guarniciones, a las nuevas fábricas de aviones y su producción, así como de los pedidos de uniformes y pertrechos por una parte y los encargos de armas por otra.

Las necesidades de recuperación, condicionadas por el ejército de los 100.000 hombres, eran tan grandes en todas las armas del Ejército, que, por lo menos hasta 1938, no surgió nada extraño que revelase unos ocultísimos propósitos. Es cierto que el Dr. Schacht, por su condición de ministro de Economía, fue nombrado en 1936 comisario general de la Economía (GBW), incluso con atribuciones sobre la agricultura, hacienda y trabajo, para «el caso de un amenazador peligro de guerra» —el llamado «MobFall» o caso de movilización—; y también se institucionalizó en todos los ministerios un sistema de medidas preparatorias para el caso de movilización. Sin embargo, nada de esto podía causar sensación. El ejército profesional de los 100.000 hombres no había necesitado preparativos para movilizarse; se trataba de un ejército de cuadros. Cuando en 1938 Funk sucedió a Schacht como ministro de Economía, también ocupó el puesto de Comisario General de la Economía (GBW). Funk, por cierto, no poseía un aspecto tan marcial como cabría suponer en un comisario general en tiempos de guerra. Por su condición de GBW, se le concedió un secretario de Estado exclusivamente

para los preparativos de la movilización; en un principio fue el secretario de Estado Dr. Posse. En el ministerio de Economía y en los servicios militares, se bromeaba diciendo que ambos nombramientos eran «*una prueba evidente de los deseos de paz*» de Hitler. En efecto, difícilmente podría imaginarse a ambos como «*ejecutivos para casos críticos*» en tiempos de guerra.

El programa del Plan Cuatrienal, que conocí entonces en su totalidad, incluso en lo relativo al sector militar, no contenía nada que, prácticamente también en el mismo orden de prioridades, no hubiese tenido que hacer de todas formas nuestra economía industrial, debido a la falta de divisas y a la necesidad de importación de materias primas, si bien, al mismo tiempo, los oficiales que tragaban en el Departamento de Materias Primas Alemanas y en la plana mayor de Economía y Armamento del general Thomas, no se cansaban de presentar como urgentes en todos los ramos las llamadas «*peticiones de la Wehrmacht*». Pero, a decir verdad, sólo a la producción de carburante de vuelo, explosivos y sus productos previos, y quizás al aluminio para la Luftwaffe, se le dió un orden prioritario que, en caso de paz, no hubiese sido preciso para el desarrollo que se esperaba de la economía en su conjunto.

En aquel entonces no se percibía absolutamente nada de un auténtico plan general metódico, para una Wehrmacht destinada a sostener una guerra a gran escala. Había muchos planes aislados, a menudo sin guardar la menor relación entre ellos, procedentes de numerosos servicios (según el acreditado principio militar de que pedir demasiado no daña nunca, pero la penuria causa disgustos). En cualquier caso, no podía hablarse en modo alguno de un plan minucioso y completo para una guerra a gran escala. Ni siquiera se sabía apenas cuales eran las verdaderas necesidades. En la campaña de Polonia de 1939, que frente a lo esperado resultó muy breve, la Luftwaffe, por ejemplo, lanzó hasta sus últimas bombas, es decir, al final de la campaña apenas le quedaban reservas. Sin embargo, para la campaña de Francia se previeron de sobra las necesidades de munición para la artillería. (En la Blitzkrieg o guerra relámpago, la artillería disparó mucho menos de lo que se había calculado).

Ni la Administración económica ni la industria de armamentos podían deducir, y ni siquiera sospechar, por los planes de rearme, la inminencia de

una verdadera guerra a gran escala, y menos aún de una guerra mundial. No exagero, en modo alguno, si afirmo que, hablando con propiedad, el verdadero rearme para la guerra sólo empezó durante la guerra. ¡Y esto también lo demuestran, inequívocamente, los hechos militares!

A finales de agosto de 1939, antes de estallar la guerra con Polonia, la Wehrmacht llamó a filas, de la noche a la mañana, a numerosos reservistas de las quintas de 1896 a 1900, con el fin de completar las tropas en activo con soldados que tenían la experiencia bélica de la Primera Guerra Mundial. La tropa y suboficiales tenían la misión de sostener a las unidades en activo, por decirlo así, con un cinturón de veteranos. Estas quintas fueron licenciadas nuevamente a poco de finalizar la campaña de Polonia.

Al comenzar la guerra, en agosto de 1939, los países vecinos del Reich alemán le eran muy superiores en unidades militares y en número de soldados preparados para la guerra, incluso si consideramos solamente a Francia y a Polonia.

Después de la marcha sobre Polonia, en el frente del Oeste quedaron únicamente 18 divisiones de reserva, otras 8 en activo y ni una sola división blindada. ¡Frente a ellas se encontraban 110 divisiones francesas! Nuestras provisiones de carburante, al inicio de la guerra, cubrían unas necesidades teóricas de cuatro o cinco meses de movilización total.

La remilitarización y el rearme, al comenzar la guerra mundial se encontraban ya a pleno rendimiento, pero ni de lejos habían logrado alcanzar aún el poderío de las fuerzas militares que nos rodeaban. Por eso era bastante comprensible que la Administración económica y la industria, por puro instinto, y aún sin conocer exactamente las cifras militares, siguiesen con gran preocupación y profundo escepticismo el desarrollo de los acontecimientos a partir del *Acuerdo de Múnich.*

El verdadero momento crítico fue, acto seguido, el desarme de Checoeslovaquia mediante coacción militar. Ciertamente, Hitler no había dado en Múnich una garantía por escrito para el resto de Checoeslovaquia, pero la había dejado entrever claramente; por primera vez, no alemanes quedaban bajo la soberanía del Reich. Ambas cosas —según nuestra opinión— nos costarían la confianza del mundo. El comienzo de las hostilidades contra Polonia, y la declaración de guerra por parte de Inglaterra y Francia, abrieron entonces las puertas a un amenazante futuro.

VII
¿LA GUERRA COMO SALIDA?

¿Fue acaso necesario el rearme para mejorar la estructura interna de la economía del Reich?

Acaso la situación económica en general de los años 1938-39 ¿impulsó a Hitler a la guerra para preservar con nuevos éxitos su popularidad de un hundimiento, o bien porque las circunstancias económicas le forzaron a esta acción sustitutoria de política expansiva?

Ambas tesis sólo pueden considerarse como totalmente infundadas y absurdas.

1. La popularidad de Hitler, como ya hemos expuesto, se encontraba en 1938-1939 muy cerca de su punto máximo, casi imposible de superar. Políticamente, y sin disparar un solo tiro, había logrado la unión plena del territorio de la margen izquierda del Rhin dentro de la soberanía del Reich, y la integración de Austria y del país de los Sudetes, que fueron aprobadas por todo el pueblo. El territorio del Sarre pertenecía nuevamente al Reich. Las restricciones discriminatorias del Tratado de Versalles en el terreno militar (ejército profesional de 100.000 hombres, ninguna aviación y ninguna flota de guerra) fueron eliminadas. El Reich alemán tenía los mismos derechos que los demás pueblos en todos los terrenos.

2. El paro, destructor de la economía y del pueblo, como ya hemos dicho fue eliminado; a fines de 1938 se alcanzó el pleno empleo, y ello incluso en el mismo período en que se reducía la Deuda exterior alemana, de los 19.000 millones de RM de 1933 a sólo 9.000 millones en febrero de 1938.

No, el rearme en los años 1938-39 no fue un motor necesario para la economía nacional, por el contrario, impidió un desarrollo equilibrado de todos los sectores de la industria, ya que, por ejemplo, la industria de bienes de uso y de consumo quedó perjudicada frente a la industria que participaba en el rearme, y con dificultades para sus inversiones en maquinaria, por la falta de divisas y la distribución de los contingentes de materias primas.

3. El Frente del Trabajo, del Dr. Robert Ley, concibió un plan de amplias inversiones sociales. El Ministerio de Alimentación contaba con un vasto programa de mecanización y motorización de la agricultura, e incluso preparó la organización de una red frigorífica completa, desde el productor

hasta el último consumidor, para productos agrarios de difícil conservación. ¡Idea absolutamente nueva en aquella época! La motorización, según nuestros conceptos de hoy, estaba comenzando, los ferrocarriles del Reich tenían grandes planes de inversiones, e incluso de haberse contado con los contingentes necesarios, las exportaciones hubieran podido aumentar sustancialmente, en especial hacia la Europa del Sudeste y la América del Sur. Se hubieran podido favorecer las construcciones para la Marina mercante, en vez de darle preferencia a la flota de guerra. Así, por todas partes, habrían surgido, como la espuma, ideas para fomentar la inversión y la producción, dado el dinamismo que produjo la reanimación de la industria, tras el letargo de los años de crisis. Todo esto no fue posible, por la preferencia que hubo de darse a los armamentos y a las inversiones que se destinaban para ellos. Sin la guerra y sin un nuevo «espacio vital», tanto la economía como nuestro pueblo hubieran ido hacia un futuro coronado de éxitos

4. Algunos autores sospechan al parecer, o al menos consideran como posibles, otros «*motivos de política interior*» de Hitler.

Citaré únicamente algunas referencias de las aportaciones a la obra histórica de compilación de Forstmeier y Volkmann «Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», esto es Economía y armamento en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Timothy W. Mason, en otras ocasiones tan preciso, habla de «*síntomas de crisis en el interior, de un trastorno inflacionario de la economía financiera y crediticia alemana*», de que «la hacienda pública había quedado desorganizada», de que el DAF (Frente Alemán del Trabajo) «*había fracasado totalmente*», de un «*debilitamiento en las exportaciones*» de «*una grave tensión social*» e incluso de una «*supresión de los logros de la política social*» (pág. 189), sin aclarar lo que quiere decir con ello. Y, por último, afirma que «*el espíritu de sacrificio altruista no existía entre aquellos seres sojuzgados*».

Allan S. Milward habla incluso de «*una extremada política contra los trabajadores*» y Hans Erich Volkmann de «*una insuperable crisis en 1938-39*».

Según parece, estos autores han sacado unas conclusiones que van demasiado lejos, extraídas de un material documental que yo desconozco, y que ellos por su parte tampoco mencionan.

El general Thomas, por ejemplo, solía aceptar a menudo sin el menor espíritu crítico los intencionados tonos sombríos de Schacht y del comisario de Precios, Wagner, o quizás incluso de los informes semanales y mensuales del SD, que yo solía leer asimismo con frecuencia. A todos ellos solía faltarles, demasiado a menudo, la comprensión respecto al orden de prioridades y las circunstancias.

Hay una cosa que puedo decir rotundamente, como contemporáneo y observador de los hechos, y tanto más por haber colaborado en ellos y poseer una buena información: en 1938-39 no podía hablarse, de ninguna manera, de «*graves tensiones sociales*», de una «*extremada política contra los trabajadores*» o de que el DAF «*había fracasado totalmente*». Y que existía un «*elevado espíritu de sacrificio entre los sojuzgados*» se demostró, de un modo irrefutable, durante el curso de la guerra. Sobre esta problemática, excepcionalmente quisiera recoger una cita de mi libro «Krisenmanager im Dritten Reich» (pág. 45).

«Hace algún tiempo leí un artículo de Marion Gräfin Doenhoff en "Die Zeit":

«Verdaderamente; resulta desconcertante que, a pesar de las múltiples vías representativas que están a disposición del ciudadano, desde la junta de padres hasta el Parlamento, crezca hoy, hasta un punto de agobio insoportable, el sentimiento de no participar en la vida pública, mientras que en la época de Hitler, cuando la opinión individual no contaba realmente nada, la mayoría de los alemanes tenían la sensación no sólo de participar sino de conseguir muchísimo en ella».

Entonces (indica Kehrl) *existía sencillamente el sentimiento, no de que eran ellos los que actuaban, sino que éramos nosotros los que lo hacíamos. Todo el mundo participaba o; al menos, podía hacerlo si lo deseaba. Me temo que nunca se escribirá la historia de los centenares de miles de idealistas, que trabajaron para el Frente del Trabajo, la Sección Femenina, la Beneficencia Popular, la Fuerza por la Alegría o la Obra Madre e Hijo. Sin embargo, para los que recuerden aquellos tiempos, fue este un hecho*

importante –si no el de mayor importancia– del período del III Reich, y sólo quedaría relegado a un segundo plano con el comienzo de la guerra.

Partiendo de los conceptos recogidos en la «Ley para la Ordenación del Trabajo Nacional» se despertó y se movilizó el sentido social y la responsabilidad de los empresarios. Los años de afortunada colaboración con los consejos obreros de empresa y el Frente del Trabajo, consiguieron que se alcanzara, en sorprendente medida, el objetivo principal de la superación del concepto de lucha de clases, y la exclusión de la huelga como posible medio de pugna».

Solamente he de añadir ahora una cosa a esta cita: tengo fundadas esperanzas de que la historia de la Política Social del III Reich, la escribirá pronto alguien de probada competencia.

Con mayor acierto suele tratarse históricamente, a menudo, la cuestión del desarrollo económico. Este, por ejemplo, queda perfectamente reflejado en las páginas 81 a 111 (no en la 112) de la aportación de Hans-Erich Volkmann «*El comercio exterior y el rearme en Alemania, de 1933 a 1939*» a la obra anteriormente citada.

5. Tampoco se puede negar a Timothy W. Mason, que *«una fuerte inflación estaba en marcha*» –sólo que con las experiencias del Pasado y de hoy en día, la palabra «*fuerte*» resulta evidentemente excesiva– y que «*la situación de la hacienda pública* (también en 1938-39) *empezó a hacerse crítica*», sobre todo precisamente en estos dos años (¡pero sólo a partir de entonces!) al iniciarse la repercusión de la carrera internacional armamentista.

Pero, según mi opinión, no puede hablarse, de ninguna manera, de una auténtica crisis en ese momento, ni tampoco de una amenaza de crisis inminente.

También es cierto que era de suponer que «*las necesidades de financiación del sector público seguirían creciendo*», y que aumentaría el «*déficit permanente de divisas*». Pero, a pesar de todo ello, la situación en aquel momento no era de crisis. La problemática expuesta por Mason, fue precisamente uno de los puntos conflictivos por los cuales el Dr. Schacht cesó en 1938 de su cargo de ministro de Economía y, en enero de 1939, como presidente del Reichsbank.

Funk le sustituyó en ambas funciones. Tanto él como sus hombres de la dirección del Reichsbank, e incluso el ministro de Finanzas, Schwerin von Krosigk, eran personalidades competentes, de abundantes ideas y, sin duda más bien de naturaleza prudente. Como es natural, se reunieron acto seguido para hacer un balance de la situación. No había motivo alguno para el pánico. Se establecería un fuerte control de la Hacienda Pública, y se dominaría el proceso inflacionista, sin necesidad alguna de medidas espectaculares.

Cuando ya se estaban consiguiendo ambas cosas finalizó el año 1940, y entonces empezaron a plantear difíciles problemas tanto los territorios ocupados como la situación económica de Italia. En los últimos años, la regulación fiduciaria, el estricto control de cambios, la distribución de las materias primas y de la producción, y la intervención de los precios se habían convertido en unos instrumentos extraordinarios, que facilitaban una considerable flexibilidad. Por cierto que, ni Darré, citado por algunos historiadores como testigo, ni el general Thomas, con su plana mayor de Economía y Armamento, conocían a fondo el carácter, funcionamiento y correlación de estos instrumentos técnicos.

Tampoco se confirmaron apenas los vaticinios pesimistas de Schacht, al menos hasta el comienzo de la guerra con Rusia

6. Timothy W. Mason, en la pág. 165 de su trabajo ya mencionado, escribe lo siguiente: *«Con toda certeza, incluso en el verano de 1939, no era una guerra de conquista la única vía posible para salir de este callejón sin salida».* ¡Perfectamente! Además no se planeó una guerra de conquista, quizás por la sencilla razón de que en el Reich nadie parecía saber que, en los puertos holandeses, belgas y franceses, estaban almacenadas cantidades considerables de materias primas para los preparativos de guerra (aliados).

Y se hubiera podido saber, pues el BIZ (Banco de Pagos Internacionales), con sede en Basilea, fiel y honradamente, informaba por lo general sobre esas importaciones especiales y su almacenamiento. Pero estos informes no los leían los departamentos competentes, quizás porque eran demasiado secretos. Cuando, en la primera semana de junio de 1940, visité en coche los nuevos territorios ocupados de Holanda, Bélgica y norte de Francia, fui a ver también, entre otros, los puertos de Rotterdam, Amberes y Calais que estaban repletos también con importaciones —o mejor diríamos, por las

importaciones— de materias primas de todo tipo, y que, casi exclusivamente, eran compras previsoras realizadas por los propios Gobiernos.

Nadie se había interesado hasta entonces por aquellas primeras materias almacenadas. Las custodiaban centinelas del OKW (mando supremo de la Wehrmacht) y de la Marina. Los servicios militares discutían sobre la cuestión de a quién le pertenecía el botín de guerra. Sin embargo, al parecer, a nadie de entre nosotros le competía el hecho de que el material acumulado, tanto en aquellos puertos como en los almacenes situados escalonadamente en el interior, ofrecía un máximo peligro ante eventuales ataques aéreos y los incendios que podían ocasionar, del mismo modo que, en las fuerzas armadas de Inglaterra y Francia, no incumbía a nadie ejecutar esas destrucciones tan fáciles de conseguir con bombardeos aéreos.

Yo calculé a ojo las cantidades de las distintas materias primas almacenadas, e informé al general von Hanneken a mi regreso. Ni él, como encargado de las materias primas en el RMW, ni el general Thomas, habían oído algo sobre ello, ni tampoco se interesaron. Me puse de acuerdo con el mando supremo de la Wehrmacht para una acción de transporte inmediato, por medio de servicios civiles (La intendencia hubiese sido demasiado lenta). Por lo demás, la confiscación de estas existencias, que luego prosiguió sin interrupción, era absolutamente irreprochable desde el punto de vista del Derecho Internacional, pues se trataba, en su casi totalidad, de bienes del Estado, que podían clasificarse corno «botín de guerra», de acuerdo con la Convención de La Haya. Tras unas negociaciones tenaces con el mando supremo de la Wehrmacht, se adoptó finalmente la decisión de que todas las existencias de materias primas quedarían a disposición del Ministerio de Economía del Reich.

VIII
«AUTARQUÍA», ¿PARTE DE LA COSMOVISIÓN NS?

En el año 1968, Dieter Petzina dio a conocer una sólida obra —ciertamente la primera— en la cual, mediante una cuidadosa valoración de todas las fuentes entonces disponibles, sobre todo de las estadísticas, refleja, en líneas generales con exactitud, la política agraria, la política de materias primas, la política de divisas y, en parte, el comercio exterior del Tercer Reich durante los años 1933 a 1939.

Sin embargo; quisiera añadir a ello algunas breves anotaciones y consideraciones suplementarias:

1. Yo no conozco ni una sola personalidad directiva del III Reich, que propagase como lema la «autarquía», o la calificase como parte irrenunciable de la política nacionalsocialista de espacio vital.

2. Algunas observaciones ocasionales de Petzina, podrían dar la impresión de que la política autárquica formaba parte de las aspiraciones «*por construir un sistema económico antiliberal*» (pág. 10). En otro lugar, indica brevemente «*...que el Plan Cuatrienal tenía por misión desvincular a Alemania de la alianza económica mundial*» (pág. 18). En los años treinta, después de la catastrófica crisis económica, el debilitamiento de las relaciones económicas mundiales, si es que puede hablarse así de una forma tan concreta, fue, a lo sumo, consecuencia inevitable de la falta de divisas y del descenso de las exportaciones, pero no un objetivo deliberado.

3. El mismo Petzina indica que, a falta de otro material documental, la fuente más importante de sus investigaciones han sido los datos de la antigua Sección de Economía Militar y de Armamento que dirigía el coronel Thomas. Pero, en las investigaciones de carácter histórico, este material sólo debe utilizarse con ciertas reservas. Yo conocí bien al coronel Thomas, sobre todo por sus relaciones de parentesco con los propietarios de la industria textil de Niederlausitz, por eso sé también positivamente que, entonces y después, él estuvo muy vinculado con Schacht. Esto quizás explica, en parte, que Thomas en sus extensos trabajos, apuntes y actas viese muchas cosas, sencillamente, del mismo color que Hjalmar Schacht y este último, cuando

argumentaba —digámoslo con cierta reserva— no solía brillar precisamente, ni por asomo, por su objetividad.

Posiblemente los abultados legajos devueltos hace poco por Inglaterra al Archivo Federal de Coblenza contienen más material documental utilizable.

4. Al menos en cuatro puntos importantes estuvo Schacht completamente equivocado.

a. Con excesiva arrogancia y un estilo inadmisible, se atrevió a criticar la política agraria del ministro de Alimentación Darré, y a exigir reformas en la misma, a pesar de que Darré no estaba de ninguna manera a sus órdenes, sino al mismo nivel. En aquel entonces, recibí copias de las cartas que sucesivamente se cruzaron ambas partes sobre esta cuestión.

b. Schacht se negaba a adjudicar divisas al Ministerio de Alimentación —que éste con sobrada razón había reclamado—, para poder abastecer suficientemente de divisas al sector económico que dependía del propio Schacht. Este, por tanto, quería hacer de juez en sus propios asuntos.

c. El hecho de que Schacht, como presidente del Reichsbank, administrase las divisas, no significaba de ninguna manera que pudiese disponer libremente de ellas. Si dos departamentos no se ponían de acuerdo, entonces la decisión final sólo correspondería al canciller del Reich. Por eso Hitler, lógicamente, transfirió para el futuro a Göring, como representante suyo y cuasi-canciller del Reich, el poder decisorio sobre las divisas.

d. Schacht, en contra de Keppler y más tarde de Göring, mantenía el punto de vista de que la fabricación de sustitutivos (como el acostumbraba a llamarlos, aunque esta palabra estaba mal vista) sólo podía sostenerse, desde un punto de vista económico, cuando estos no resultaban más caros que las materias primas del extranjero. Esta afirmación era tan arbitraria como ilógica. Iba dirigida principalmente contra la *buna* (caucho sintético) y contra los minerales de hierro y fibras químicas alemanas. Pero si nosotros no teníamos suficientes divisas disponibles para cubrir nuestras necesidades de materias primas, no había porqué llegar a la conclusión de no emplear una *buna* más cara o unas fibras químicas de precio más alto.

Tal vez hubiera sido igualmente lógico, que Schacht hubiese mantenido el siguiente punto de vista: si nosotros no podemos exportar con beneficios, habrá que suspender las exportaciones, pues una exportación con pérdidas no resulta sostenible desde un punto de vista económico. Pero, en este caso,

Schacht adoptó una postura completamente distinta. En el nuevo Plan se fomentaron masivamente, entre otras cosas, las exportaciones, mediante unas subvenciones que llegaron hasta el 60 por ciento del precio final de venta. Los motivos de Schacht eran, pues, evidentemente otros, y no el de la «rentabilidad económica».

5. Sobre el período de la crisis de divisas de 1936, Petzina escribe, entre otras cosas, lo siguiente: «*Göring, de momento, eludió el tomar una decisión y, mientras tanto, dispuso el inventario de todos los valores extranjeros en poder de alemanes, el rápido cobro de las cuentas pendientes de mercancías alemanas y la posible realización de la participación germana en negocios del exterior».*

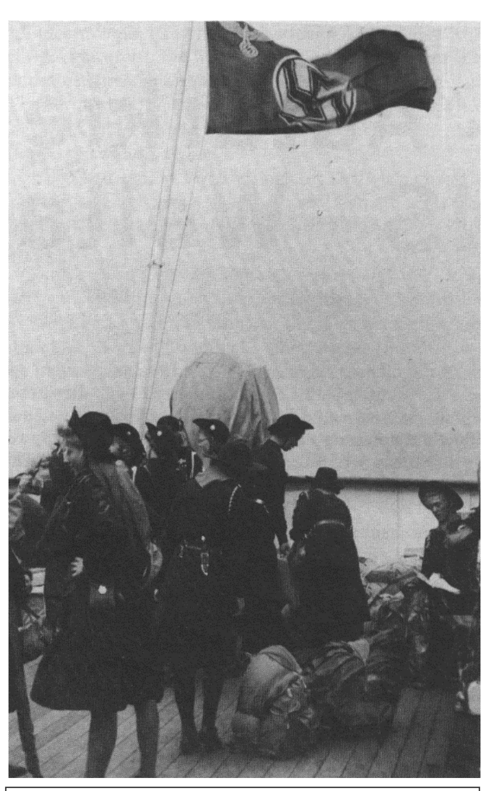
Al decir esto se ignora que la «*crisis de divisas*» había que atribuirla preponderantemente al hecho de que la economía exportadora, especialmente en los últimos doce meses, había manifestado una tendencia a no urgir el pronto pago de las cuentas pendientes. A ella, muchas veces, le resultaba preferible saber que, en todo caso, contaba con un saldo activo de divisas a su libre disposición en el extranjero, y por eso no solo no apremiaba el pago inmediato, sino que —al parecer— en algunos casos incluso favorecía esos créditos.

Yo mismo comprobé este estado de cosas, mediante muestreos en la demarcación de mi Cámara de Comercio, y sugerí a Keppler una actuación del Reichsbank en tal sentido, que pronto alcanzó bastante éxito. Por eso, no se trataba en modo alguno de «*agotar hasta los últimos recursos*», como asegura Petzina, sino de eliminar una evolución defectuosa.

¿Qué tenía que ver, pues, todo esto con la autarquía? Petzina señala, con razón, que el concepto «autarquía» tiene una larga historia. En la obra «Compendio de Historia» de Ploetz, el término «autarquía» se cita en el índice temático en relación con cinco páginas, la primera vez en la época arcaica, la segunda en la historia egipcia bajo los Ptolomeos, después en el marco de la política económica de Méjico durante la II Guerra Mundial y, por último, en relación con la política económica de Argentina entre 1944 y 1946. El Brockhaus de 1921 define la autarquía como «forma económica de un Estado que, debido a la posesión de una tierra fértil, riquezas en el subsuelo y fuentes de energía (carbón y agua), en lo económico es independiente del exterior». Pero nosotros, desgraciadamente, no poseíamos

todo esto. Lo que falsamente se atacó o se ataca de la política autárquica, intensivo, amplio y pragmático en una situación de crisis económica. Ello no tenía absolutamente nada que ver con la Weltanschauung o el ideario nacionalsocialista. Este es quizás el lugar adecuado, para salir al paso también de otros errores que, según mi opinión, suelen encontrarse, no en raras ocasiones, en el terreno historiográfico.

A mí, por ejemplo, me han preguntado algunos historiadores si la Administración económica, al actuar, era influenciada, o incluso estorbada por la filosofía nacionalsocialista o los objetivos ideológicos. Esto no ocurrió. Conceptos políticos como el de racismo, ampliación del espacio vital o incluso el de la germanización, sencillamente no existían en el campo de la política económica. La germanización era más bien una filosofía particular de Himmler en el ámbito de las SS, que partía de la vaga idea de que las razas de herencia germánica tenían más valor que otras razas y, por tanto, debían trabarse unas relaciones especialmente sólidas con los pueblos de origen germánico. Tales sueños no ocuparon ningún lugar en la política económica. Tampoco hubo, en modo alguno, contactos con los que intervenían en la política económica, a fin de ganar influencias. Por otra parte, la economía y la política económica, en el III Reich, tampoco tenían nada que hacer en la política exterior. Nosotros no participamos de manera alguna en la configuración de la política exterior. Cuando en ella se tomaban decisiones, a nosotros sólo se nos informaba tarde y mal.



Exploradores noruegos de visita.

Teóricamente, la política exterior correspondía, claro está, al ministerio de Relaciones Exteriores pero esta era más bien la teoría. Pues la auténtica política exterior se realizaba en un reducido círculo al más alto nivel: Hitler, el ministro de Relaciones Exteriores, el subsecretario, algunos directores generales del mismo Ministerio y los embajadores más importantes. La burocracia del Ministerio de Relaciones Exteriores venía a ser, más o menos, la misma de siempre. En ella tampoco modificó nada von Ribbentrop, aunque tuvo la intención de realizar unos drásticos proyectos. Sólo hubo una parte de la política exterior, en la que la burocracia de este Ministerio exigió una prioridad y la consiguió ampliamente: fué en la conclusión de los acuerdos de comercio exterior. En este asunto, tanto la dirección como la burocracia del departamento de Relaciones Exteriores, vigilaban celosamente que fuesen ellos quienes, en todos los casos, marcasen la pauta en los convenios de comercio exterior. Las normas venían dadas, casi de un modo inevitable, por el estado de elaciones existente con cada uno de los países, pero, por lo demás, la negociación de esta clase de convenios es algo totalmente pragmático.

Efectivamente, el Ministerio de Relaciones Exteriores podía instar al de Economía para que satisficiese en cierta medida las interminables peticiones de Italia, para que se dieran a España sustanciosas promesas de suministros, en caso de entrar en la guerra de nuestro lado (lo cual no era posible), o bien, finalmente, para que se atendiesen con la mayor solicitud los deseos que tenían los países del Sudeste europeo por concertar tratados comerciales. Pero aquí terminaba la influencia política.

Cuando en las líneas precedentes he hablado de la «*Administración económica*» me refería no sólo al Ministerio de Economía del Reich, sino también a la organización, a nivel ministerial, del Plan Cuatrienal. Esta última no era muy extensa y, por eso, conocí a casi todos los que trabajaban en ella. Pues bien, no recuerdo que nadie afirmase ser partidario del Nacionalsocialismo o por convicción y, de haberlo hecho, apenas se le hubiera creído.

También en el Ministerio de Economía eran minoritarios los militantes nacionalsocialistas. Es posible que asesores o consejeros del Gobierno de reciente acceso tuviesen carnet del Partido, pero esto no jugaba el menor papel, dado que nosotros no nos ocupábamos de la política en el sentido

propio del término. Las diferencias eran más bien temperamentales. Nosotros, los nacionalsocialistas, mostrábamos menos reservas, menos zozobra y menos burocratismo, y posiblemente estábamos mejor dispuestos para asumir responsabilidades, teníamos más energía para sacar adelante los proyectos, más rapidez y quizás también un empeño más positivo.

Por último, y especialmente nosotros los nacionalsocialistas, éramos optimistas, mientras que la burocracia, desde siempre —y ahora más todavía— es más bien pesimista y escéptica.

La libertad de movimientos que tenía la Administración económica era escasa. Todo giraba en torno a los «*recursos*», a su ampliación en lo que dependiese de nuestras posibilidades, a economizarlos, a distribuirlos convenientemente y a prepararlos para un futuro que se iba haciendo cada vez más negro. Asesoramos también a los mandos militares competentes para la administración de los territorios ocupados. En 1943 viajé con mi ministro Funk a Italia para aconsejar a nuestro aliado sobre cómo podría administrar mejor sus recursos. Durante los últimos años de la guerra el principal problema fue siempre, como es natural, obtener los recursos para la industria de armamentos y, sin embargo, en tanto que fuese posible, se procuraba mantener el ritmo de la vida económica.

Para nosotros esto no era política. Se trataba, en el más auténtico sentido de la palabra, de administrar en unas situaciones de crisis. Por eso también he titulado mi libro «Experto para casos críticos en el III Reich».

IX
LAS «ESTRUCTURAS DE PODER» EN EL III REICH

Eike Henning, en su aportación a la obra conjunta «*Economía y rearme en vísperas de la Segunda Guerra Mundial*», se escandaliza, en un párrafo, de que para Ernst Nolte «*en un movimiento autoritario, sólo el jefe supremo puede hacer declaraciones de carácter imperativo*». Pues bien, esto era lo que sucedía realmente.

El poder de Hitler se manifestaba en el hecho de que él dirigía, de un modo total, el Partido y el Estado. Sólo a él le correspondía tomar decisiones personales en el ámbito del mando supremo del Partido y del Estado, y sólo él las tomaba. Y esto era tan válido para los ministros, gobernadores civiles y embajadores del Estado, como para los jefes supremos de las SA y SS, delegados nacionales y Gauleiters del Partido. Cada uno de estos dignatarios podía ser destituido en cualquier momento, sin que ninguno de ellos pudiera imaginarse ofreciendo resistencia o haciendo prevalecer con ella sus opiniones. También cabe aplicar esto, notablemente, al período del último semestre o los últimos nueve meses de la guerra, cuando Hitler —al menos según mi opinión— ya no estaba en disposición de gobernar. Y se extiende asimismo a las autoridades del más alto rango, como por ejemplo Goebbels, Himmler o los *gauleiters*; todos ellos poseían, en cierto modo, sólo un poder derivado.

Hubiera sido inconcebible que alguno de los notables, hubiese podido utilizar su poder contra Hitler. Naturalmente, había personalidades que tenían una gran influencia. Pero el poder y las influencias son dos categorías completamente distintas. El modo de gobernar de Hitler, sobre el que escribiré más adelante, estaba en todos los dominios a la mira de que él mismo tuviese que tomar «el menor número posible de decisiones». A él tampoco le gustaba que, sin necesidad alguna, se le informase continuamente de todos los acontecimientos, ni siquiera del principal de cada terreno, o que se le pidiesen instrucciones. Hitler solía marcarse él mismo, temporalmente y de un modo realista, unos puntos esenciales determinantes, en los cuales se concentraba con exclusividad. Sin duda, también podía ocurrir que tomase decisiones sobre problemas aislados, pero esto sucedía raras veces.

La regla general fue, por ejemplo, que cada gauleiter, ministro o comisario del Reich —este último en territorios ocupados—, podía decidir todo de acuerdo con su propio criterio, a no ser que se considerase incapaz de una decisión personal en un asunto concreto. La misma norma era aplicable también a los delegados especiales de todas clases.

Nadie que tuviese un poder o autorización, tenía por qué ir a buscar un «*acuerdo*» con entidades o personas. En este —arriesgado— sistema se basaba la fuerza combativa y la rapidez con que funcionaba una organización formidable, apenas sin burocracia, y la cual, en algún momento, llegó a extenderse a grandes partes de Europa.



Septiembre de 1934 Adolf Hitler de camino al palacio imperial de Goslar.

X
EL «FASCISMO» EN EL III REICH, UN FRAUDE SEMÁNTICO DE LOS COMUNISTAS

Si consultamos el «Auszug aus der Geschichte» (Compendio de historia) de Ploetz, edición de 1968, en el resumen sobre la más reciente historia contemporánea (pág. 1211), podremos leer lo siguiente:

«Mientras el dominio bolchevique se va imponiendo despiadadamente dentro del país, y Rusia se va transformando en una notable potencia industrial, Europa yace enferma por los antagonismos que, en el año 1919, no sólo no fueron eliminados sino que se multiplicaron. Desde el punto de vista político de las formas de gobierno, este fenómeno va acompañado por una "crisis general de la democracia" y, visto desde el ángulo de la política económica, por un atraso del potencial de los países europeos frente al desarrollo de las grandes potencias mundiales. La creciente oposición entre el mundo revolucionario de la Rusia bolchevique, por un lado, y de otra parte los Estados Unidos de América y la Europa occidental, queda velada en los años treinta por la política expansiva de alemanes, italianos y japoneses, los cuales, al contrario de lo que les sucede a las otras grandes naciones, se encuentran oprimidos (en sus pequeños territorios). En Italia y Alemania se desarrollan, con el Fascismo y el Nacionalsocialismo, nuevas ideologías políticas y formas constitucionales, con las cuales se trata de superar la crisis de la democracia y se pretende conseguir la defensa militante contra el bolchevismo».

Cuando uno trata de adentrarse en los trabajos sobre la historia económica y social del III Reich, pronto tropieza con el hecho de que, entre los historiadores de la R.D.A., la palabra *«nacionalsocialismo»* suele ser reemplazada sistemáticamente por la de *«fascismo»*. La generación que ha ido creciendo en la República Democrática Alemana no debe saber en absoluto que hubo nacionalsocialistas, y que el NSDAP era un «*Partido Obrero*». A la vez, por esa vía, se incluye y se señala abiertamente al *«capitalismo»* como culpable también —o incluso como principal culpable— de la guerra, mientras a los empresarios se les acusa de ser una «estructura de poder fascista». Esta falsedad, sorprendentemente, la aceptan también no

pocos historiadores e historiógrafos de la República Federal de Alemania, aunque debieran saber que se trata de una auténtica falsificación histórica.

En el Tercer Reich, y no hay que darle vueltas, no hubo fascistas, ni estructuras de poder fascista, ni ninguna organización fascista. El término. «fascismo» o «fascista» tampoco fue utilizado nunca durante el III Reich por los enemigos del Nacionalsocialismo y, ni siquiera, por los vencedores, cuando ocuparon el Reich alemán. Ellos hablaban sencillamente de «nazis» y de «nazismo».

El historiador Karl Dietrich Bracher, en su libro «La dictadura alemana. Origen, estructura y consecuencia del Nacionalsocialismo», fue el primero en ofrecer una descripción alemana de conjunto sobre el Nacionalsocialismo, relevante desde el punto de vista de la ciencia política. Afortunadamente, ahora ha completado esa obra con el libro «Controversias de historia contemporánea sobre el fascismo, el totalitarismo y la democracia» (Serie Piper, volumen 142).

Bracher da entrada a la palabra «*totalitarismo*» como un concepto general, en el que confluye «*toda amenaza para la libertad*». Y define, de un modo condensado, las características del totalitarismo –sea de derechas o de izquierdas–, de la siguiente manera:

«Derecho exclusivo de un partido e ideología a gobernar, y control absoluto de todos los medios de comunicación y de coacción».

Bracher señala también que incluso cuando un sistema totalitario comienza con una dirección colectiva, como fue el caso del comunismo soviético, la tendencia al *«culto a la personalidad*» es inmanente. Así se ha visto con Stalin, Mao y Castro.

El concepto de «*fascismo*» o «*fascista*» ha ido perdiendo paulatinamente, en los últimos años, su sentido originario, si es que alguna vez lo tuvo. En unas reflexiones sobre el libro de Bracher, el exdirector del «Koelner Stadt-Anzeiger», Joachim Besser, escribe entre otras cosas:

¿Quién es, propiamente, un fascista? Si resumimos cuanto se dice en muchas discusiones políticas, podremos responder: «todo aquel que no me cae bien».

De hecho, la «discusión sobre el fascismo» ha degenerado en lo ideológico y, con ello, ha perdido totalmente su fondo histórico. A cualquier sistema que no responde a lo democrático-occidental, se le descalifica de esta

manera con tópicos, aunque quizás sólo haya en él unos pocos aspectos «fascistas», de haber alguno realmente. A Strauss (N. del E.: fallecido Presidente del Gobierno del Land bávaro) se le califica de fascista, la misma recriminación ha sido lanzada por Günther Grass contra estudiantes de la izquierda, y estos izquierdistas radicales, simplificando de nuevo, llaman fascistas a todos cuantos no opinan como ellos.

«La propaganda de Moscú utiliza los mismos métodos. Quién contraría al Kremlin, es un fascista y, para simplificar, los socialdemócratas son socialfascistas. El concepto, empleado de esta manera, carece ya de sentido, y habría de avergonzarse de seguir utilizándolo».

En cualquier caso, está comprobado que, quien lanza la palabra *«fascista»* al hablar de la historia del III Reich, no desea aclarar los hechos históricos, sino ocultarlos o falsearlos.

XI
EL MODO DE GOBERNAR DE HITLER

Cuando, a finales de 1934, Wilhelm Keppler, delegado del Führer y canciller del Reich para Asuntos Económicos, me llamó para trabajar en Berlín, tuve tarea no solamente en el trabajo especializado que me asignaron. Como provinciano, yo deseaba adquirir también, desde un principio, la máxima experiencia posible sobre el panorama político que iba a encontrar; sobre las personalidades más importantes de la nueva Era y sus peculiaridades, sobre los objetivos político-económicos del Partido, sobre la proyectada organización del Gobierno, sobre el modo de trabajar de Hitler, sobre los cauces de la información, sobre el proceso de desarrollo que tomaban las decisiones y muchas cosas más.

Para mí, entonces, la más importante fuente de información era, en primer término, el propio Keppler, que conocía bien a Hitler desde hacía años. Pronto conocí a muchas personalidades del Partido y del Estado, y empecé a formarme una cierta idea sobre ellas. Mis conocimientos se confirmaron en su mayor parte, y devinieron aún más profundos cuando, más tarde, en el proceso de la Wilhelmstrasse, tuve también un trato diario, durante más de un año, con Lammers y Meissner, quienes, respectivamente, habían estado dirigiendo respectivamente la Cancillería del Reich y la Cancillería Presidencial.

Ellos confirmaron a posteriori, en casi todo, el concepto que ya me había formado anteriormente, sobre lo que desearía denominar «*el modo de gobernar de Hitler*».

Keppler, durante las primeras semanas de mi colaboración, me dijo una vez:

«*Usted, como prusiano que piensa con precisión y también con unas categorías de orden (y que además procede de la zona de Brandenburgo en el Havel), difícilmente podrá hacerse una idea sobre la manera de pensar y de trabajar de Hitler. Pues él, en muchas cosas, muestra más bien el temperamento, e incluso la mentalidad, de un artista austríaco*».

Cuando Keppler le insistió para que revisase el llamado programa del NSDAP, que aún procedía del año 1923, que era en extremo insuficiente y de miras estrechas y que, por ejemplo, en lo económico carecía del menor

valor enunciativo, Hitler se negó rotundamente a ello. Según su opinión, el reelaborar programas de partido resulta perjudicial, pues las discusiones al respecto suelen socavar la unidad del partido por las diferencias de opiniones y, además, carece de sentido porque continuamente surgen nuevos problemas, cuya solución no debe obstaculizarse con disposiciones abstractas. Hitler –según Keppler– también se mostró siempre decididamente contrario a la economía estatificada, porque conduce a un «*burocratismo estéril*». Las mayores realizaciones en el terreno económico –como en la vida en general– se deben a personas individuales. Estas tienen que tener por tanto, también como empresarios, una amplia libertad de acción, pero no deben ganar influencia –por ejemplo siguiendo intereses de grupo– en la política económica en su conjunto. Esta es tarea exclusiva del Estado, como representante de todo el pueblo.

Tanto Hitler/ como Keppler eran contrarios a una evolución hacia el Estado corporativo, tal como había sido iniciada por Mussolini con las corporaciones. La economía no podía convertirse en un Estado dentro del Estado. Desde este enfoque, resultaba que el Estado, en política económica, debía limitarse, más o menos, a fijar las líneas directrices y, en la medida de lo posible, debía dejar su ejecución a las distintas organizaciones económicas y laborales, que tenían por base una afiliación obligatoria, y contaban no sólo con ciertos derechos sino también, y sobre todo, con unas obligaciones.

Hitler tenía asimismo una elevada opinión de la *«Administración prusiana»*. Los funcionarios prusianos siempre habían sido íntegros, cumplidores de su deber, diligentes y muy capaces, aunque también se mantuviesen bastante firmes en su conservadurismo y fuesen poco amigos de los cambios. Por lo tanto, no tuvo necesidad de intervenir en la Administración en cuanto tal. Sin embargo, el gobierno y la política no se limitaban sólo, de ninguna manera, a la Administración. Del funcionariado no cabe esperar unas reacciones rápidas y eficaces ante nuevas situaciones. Tomar decisiones rápidas no es asunto suyo. En las siguientes consideraciones excluyo por completo el ámbito militar. Sobre él ya se ha escrito mucho, y David Irving, con su libro «*Hitler y sus generales*», ha ofrecido recientemente una notable aportación al tema, por su visión realista y nada dogmática.

Ante el panorama que hemos descrito antes, Hitler —según mi opinión— sacó las siguientes consecuencias que, entre otros factores, definieron su estilo de gobernar:

1.- Quería dedicar el menor tiempo posible a las tareas administrativas de gobierno. Por eso la Cancillería del Reich la dirigía el secretario de Estado Lammers, jurista de origen, que después llegaría a ministro del Reich, y al que antes incumbieran en el Ministerio del Interior los asuntos relacionados con la Constitución. Dió pruebas de ser un maestro en la redacción y exposición de motivos de toda clase de leyes, reglamentos, decretos y comunicados oficiales del Gobierno.

La Cancillería Presidencial —como es sabido— era completamente para los asuntos de Hitler como jefe de Estado, mientras que la Cancillería del Reich lo era para sus actividades como canciller (jefe de Gobierno) del Reich. Como jefe de la Cancillería Presidencial actuaba el secretario de Estado y ex ministro prusiano Meissner, quien ya había tomado posesión de su cargo anteriormente con Hindenburg. Ninguno de los dos jefes de la Cancillería tenía el menor poder, pero sí gozaban de influencia en su campo de actividades, especialmente Lammers. Este último determinaba lo que debía presentarse a Hitler en su condición de canciller del Reich, y ante las reacciones o respuestas de rigor solía hacer, en la mayoría de los casos, unas propuestas aceptables. Hitler firmó muy pronto todo lo que Lammers le ponía a la firma, pues tenía confianza en él.

2.- Hitler· opinaba que las deliberaciones en amplio grupo representaban una pérdida de tiempo. Sobre todo provocan dudas, causan retrasos e impiden una actuación eficaz. Siempre que haga falta una información precisa o una aclaración puede obtenerse, mejor y más rápidamente, sin necesidad de discusiones, por medio de conversaciones a solas o en grupos pequeños. De ahí su aversión por las reuniones del Consejo de Ministros e incluso, por ejemplo, hacia asambleas y entrevistas con los Gauleiters en su totalidad. También desaprobaba Hitler el «*cambio de notas*» entre los ministerios. En todo caso, en las conversaciones con los ministros tenía que estar presente Lammers, con el fin de poder orientar a Hitler si este lo consideraba necesario.

3.- En líneas generales los ministerios y otras unidades de la Administración, por su estructura, modo de trabajar y mentalidad de los

funcionarios, no son apropiados para resolver, decidida y eficazmente, los nuevos problemas y tareas que van surgiendo, especialmente —tal como sucedió a menudo— si se basan en negligencias del pasado. En este último caso, como es natural, cualquier ministro, para auto justificarse, se sentiría inclinado a impugnar la acusación de haber cometido un fallo o haber demorado una solución.

4.- De todo lo anterior se deduce la singular predilección de Hitler por las tareas específicas y por las atribuciones especiales de todo tipo. En general, y como es lógico, todo ello resultaba muy molesto para la burocracia de los ministerios, pues a menudo surgían dificultades por la cuestión de las competencias. Pero Hitler se atuvo a esto y Göring —exagerando— le imitó en el hecho de buscar soluciones, fuera del acostumbrado mecanismo estatal, a las crisis que se presentaban y a los nuevos problemas que iban surgiendo. Hitler sustentaba la opinión de que a aquellas personas resueltas y con abundantes ideas, a las que se ofrecía una tarea urgente y por un período limitado, había que facilitarles un trabajo eficaz mediante las suficientes atribuciones. Justamente por eso, en caso necesario había que soportar las fricciones e interferencias con los organismos competentes, o que se estimaban como tales. Una autoridad frustrada puede; soportarse más fácilmente que una persona irreemplazable frustrada.

Algunos ejemplos:

Cuando Hitler se decidió a la trascendental construcción de las autopistas, no encargó de ello al Ministerio de Comunicaciones, sino a Fritz Todt. Cuando la situación de las divisas hizo necesaria una ampliación del mercado proveedor de materias primas, encomendó a Wilhelm Keppler, y no al Ministerio de Economía, el «*adoptar, dada la situación de las divisas, todas aquellas medidas económicas necesarias para sustituir las materias primas extranjeras por otras de fabricación nacional*». Al resultar ello insuficiente, Göring (y no Schacht) recibió unas amplias atribuciones en este terreno, debido a su acreditada eficacia.

Cuando en 1936 unos síntomas inflacionarios hicieron variar el nivel de precios, no se comisionó a los ministerios de Economía y Alimentación para contrarrestar los efectos en sus respectivos ámbitos, sino que se nombró al *Gauleiter* Josef Wagner «*comisario de precios*», con unas amplias

atribuciones, ya que los ministerios competentes no se habían dado cuenta en lo más mínimo de la evolución experimentada.

5.- Todo cuanto se ha descrito hasta ahora, se componía de unos elementos muy formales. Pero el modo de gobernar de Hitler de ninguna manera se limitaba a eso.

Hitler, con toda la razón, se sentía como un Caudillo elegido por el pueblo. Este se había decidido, sobre todo, en favor de él, y en segundo término por el NSDAP. Y él juzgó que el cumplimiento de los fines que perseguía, sólo estaba asegurado si su autoridad sobre el pueblo y el Partido era indiscutida.

Consideraba inaceptable, y hasta inconcebible un «*gobierno paralelo*» del Partido. Después del putsch de Röhm —que, en contra de las afirmaciones de algunos historiadores, y de otros que desearían serlo, fue una auténtica insurrección, como yo mismo pude observar a escala regional, en el gau de Kurmark— su estilo de gobernar iba orientado a establecer, en esta cuestión, una postura terminantemente clara.

No tenían por qué existir «*estructuras de poder*». Después del putsch, la S.A. perdió su fuerza, tanto a escala personal como en lo que atañe a sus funciones y, a partir de entonces, sólo llevó una vida de apariencia; además —en tanto que aún fuese necesario— se explicó una y otra vez a los Gauleiter que ellos sólo tenían una misión y unas competencias de carácter regional, y que, por encima de esto, no contaban con la menor influencia. No había ningún «*politburó*» del NSDAP.

6.- La historia de los Gauleiter, sus funciones y sus métodos de gobernar, han quedado recogidos en una importante obra de historia contemporánea, el libro de Peter Hüttenberger «*Los Gauleiter*».

Este trabajo, de primera calidad, refleja certeramente, según mi opinión, la realidad del III Reich. La síntesis recogida en el artículo de la serie de cuadernos trimestrales de historia contemporánea, y la visión de conjunto en la contraportada son óptimos, tanto de forma como de contenido.

7.- También era propio de la manera de gobernar de Hitler que sacara continuamente de las filas de los Gauleiter a gente de su confianza, como Bürkel, Sauckel, Lohse, Josef Wagner, Koch o Kube, para confiarles tareas especiales en el Estado, y que conservara hacia ellos —a menudo más allá del

límite de lo posible y de lo tolerable— la lealtad nacida en la solidaridad de los viejos días de lucha.

Pero en cuanto Hitler confería esas misiones, las personalidades afectadas cesaban en su función de gauleiter, eran entonces comisarios de Estado, encargados de cumplir unos cometidos especiales, y estaban bajo las órdenes de Hitler en su calidad de canciller del Reich y no por su condición de jefe del Partido.

Por último, insisto terminantemente en que no había nadie, ni en el Partido ni en el Estado, a quien Hitler no pudiese revocar de su cargo en cualquier momento: Göring, Himmler y el Dr. Goebbels incluidos. Todo este ordenamiento evitaba que Hitler tuviese que intervenir activamente en rencillas de cualquier género. En ese sentido, esta situación constituía un requisito importante para su modo de gobernar, pues no necesitaba sacrificar tiempo ni trabajo en combatir resistencias dentro del Partido o del Gobierno. Y esta situación de omnipotencia continuó también —incomprensiblemente— cuando Hitler ya había superado el límite de la capacidad de gobernar, el cual, de acuerdo con mis observaciones e ideas, podría fijarse, lo más tarde, en junio de 1944.

XII
EL «SOCIALISMO ALEMAN» DEL TERCER REICH

Cuando se fundó el NSDAP bajo el nombre de *«Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista»,* este nacía, sin duda alguna, con una consciente oposición al marxismo internacional y, especialmente también, con un enérgico rechazo de su idea fundamental, o sea la necesidad de la lucha de clases. Su lugar debía ocuparlo el «socialismo alemán», que no tenía ninguna organización ni programa, sino que era un estado de ánimo.

En el Brockhaus de 1923, el término *«socialismo»* queda formulado así: «Conjunto de teorías de concepción del mundo y económicas, y de aquellas medidas prácticas que pretenden un nuevo orden de la vida y de la economía, poniendo un mayor énfasis en la economía, en oposición a las concepciones individualistas de la economía y de la sociedad».

Precisamente era esta la idea vaga del socialismo alemán. Hitler no llamó a la lucha de todos contra todos, sino que proclamó la comunidad *«de todos Los alemanes».* Su combate político iba dirigido contra la lucha de clases de las derechas y las izquierdas. El término que pronto se generalizó de *«trabajadores de La frente y del puño»,* tenía por misión cerrar el abismo entre los trabajadores manuales e intelectuales, y despertar la conciencia social del pueblo. Pero tanto el Estado como el Partido, por mandato del pueblo como totalidad, debían cumplir la tarea y la obligación de ayudar a los más débiles del país a ayudarse ellos mismos. Con esta visión de futuro, emparejada con la exigencia de una liberación del Dictado de Versalles, Hitler fue Führer de un movimiento de masas y finalmente Canciller del Reich alemán.

De Gregor Strasser, jefe de la fracción parlamentaria del NSDAP en el Reichstag, procede la expresión de «el anhelo anticapitalista del pueblo alemán» (así lo refiere el gauleiter Jordan en su libro *Im Zeugenstand der Geschichte).* Este «anhelo anticapitalista», según mis conocimientos, lo sentía también, por su formación y sus propias experiencias vitales, una aplastante mayoría de los gauleiter, que tan fuertemente determinaban el acontecer de la política interior. Y hasta tal punto que, de acuerdo con los criterios de hoy, habría que clasificarlos indudablemente entre las «*izquierdas*» o, al menos,

agruparlos con la «*izquierda del centro*». En el periodo comprendido entre la toma del poder y las primeras elecciones al Reichstag del III Reich, en marzo de 1933, Keppler planteó a Hitler la cuestión de si no había llegado ya el momento de modificar el nombre del NSDAP, dado que el Partido se dirigiría ahora a todo el pueblo alemán, y sus afiliados procedían, en un elevado porcentaje, de la agricultura y de las clases medias de la pequeña burguesía. Hitler rechazó la propuesta sin la menor vacilación. El nombre del Partido debía y tenía que permanecer tal como era. Partido Obrero (no Partido de los Obreros). Esto venía a significar PARA los obreros, y así quedaba bien. Todos los nacionalsocialistas tenían que llevar continuamente grabado en la memoria que los obreros eran quienes más necesitaban la ayuda del Partido. Los restantes sectores profesionales podían ayudarse ellos mismos.

Después del 30 de enero de 1933 se perdió muy poco tiempo en hacer prevalecer la idea fundamental de que había que poner término a la lucha de clases. Los portavoces de ésta, es decir los sindicatos y asociaciones obreras, fueron disueltos.

El 1 de mayo de 1933, la tradicional festividad de los obreros, el primero de mayo, fue proclamada fiesta de todo el pueblo, como *«Día del Trabajo Nacional».*

Las relaciones entre los patronos y el personal de sus empresas se enfocaron muy pronto desde una base absolutamente nueva, mediante la *«Ley para la Ordenación del Trabajo Nacional»,* y también se instituyó una protección estatal para los trabajadores con la *«Ley sobre los Procuradores Laborales».*

En su artículo tercero se dice: *«Hasta la nueva ordenación de la Carta Social, los procuradores fijarán las condiciones para concluir los contratos de trabajo, en lugar de las asociaciones obreras, de los patronos individuales y de la Asociación de Empresarios. Además, los procuradores cuidan del mantenimiento de la paz laboral. Y se les convoca para que colaboren en una nueva Carta del Trabajo».* A los procuradores laborales no se les designó esencialmente como empleados profesionales, sino como personas de experiencia y acreditado sentido social.

Por otra parte, la realización del socialismo alemán —así desearía llamarlo— fue encomendada por Adolfo Hitler a Robert Ley, jefe de

Organización del NSDAP, al encargarle la creación del *«Frente Alemán del Trabajo»* (DAF) como organización próxima al NSDAP. Tanto los *«jefes de empresa»* como los *«operarios»* debían ser miembros del DAF.

Joachim C. Fest, en su libro *«Das Gesicht des Dritten Reiches»* (El rostro del III Reich), escribe sobre Robert Ley lo siguiente: *«En cambio, la figura de Robert Ley, en su corte a la vez débil, extravagante y rudo, mezquino en suma, hizo prescindir de una aportación suplementaria, tanto más porque las características personales, en este caso, coincidían ampliamente con las de algunos otros miembros del séquito de Hitler».*

La observación evidencia un absoluto desconocimiento de la realidad del Tercer Reich y efectivamente no sólo sobre este caso concreto. Robert Ley fue una de las más importantes y singulares personalidades del III Reich, por su gran abundancia de ideas, su incontenible energía y un idealismo y voluntad incansables en conseguir una vida mejor para los trabajadores alemanes como colectividad, en tanto que dependiese de él. Hasta tal punto, que fue el portador por antonomasia de las ideas del *«socialismo alemán».*

El Frente Alemán del Trabajo, con la autoridad de una organización del Partido, sí estaba en condiciones de obtener en tiempos de paz, en lo relativo al salario de los trabajadores, todo cuanto permitían las razones técnicas y de economía general, dentro del marco de la deseada estabilidad de precios. A la vez, en el transcurso de los años, fueron ocupando progresivamente un lugar especial, junto al aumento de los salarios, considerables prestaciones complementarias de la más variada índole.

Seguidamente, y a través de una recensión de la Serie de Cuadernos Trimestrales de Historia Contemporánea, número 19, vamos a echar sólo una breve ojeada al libro de Peter Hüttenberger *«Los Gauleiter»,* trabajo histórico de cuidadosa investigación y de valor objetivo en todos los aspectos.

«La recepción de los bienes sindicales, y los ingresos por cuotas de los afiliados, hicieron del DAF una organización extraordinariamente fuerte en sus finanzas. Como asociación aneja al NSDAP, y al contrario que otras secciones del Partido, gozaba de un derecho patrimonial propio. El tesorero general del NSDAP sólo tenía unos determinados poderes de inspección y control, pero no administraba el patrimonio del DAF. Con unos 23 millones de miembros, el DAF, numéricamente, era casi cinco veces más fuerte que el NSDAP, y mientras muchos gau del NSDAP en los primeros años del III

Reich todavía seguían endeudados, el DAF podía crear bancos propios y unas potentes entidades económicas, mientras iba extendiendo continuamente su influencia. Robert Ley, a quien reprochaba el gauleiter Wahl su "morbosa manía de organizar", y que tenía a su lado a expertos planificadores como Selzner, creó en enero de 1934 el Servicio del Reich para el Hogar, que hasta 1936 acometió más de doscientos mil proyectos de construcción. El DAF levantó numerosas escuelas y talleres de formación profesional y de readiestramiento, en los cuales, según el testimonio de Ley, hasta 1936 se había dado ocupación a 250.000 profesores y se había formado a 2,5 millones de obreros. El Frente Alemán del Trabajo instituyó también los concursos Profesionales del Reich, y publicaba en sus propias editoriales 88 revistas técnicas y especializadas, con una tirada total de 10 millones de ejemplares, además de una serie de revistas de propaganda política (como "Arbeitertum", "Schonheit der Arbeit", "Der Aufbau"). También supervisaba y dirigía instituciones para el fomento de la salud pública, creó la gigantesca empresa "Kraft durch Freude" (Fuerza por la alegría), construyó miles de parques públicos, centenares de instalaciones deportivas y piscinas, mantenía teatros propios, una Orquesta Sinfónica del Reich, etc; contaba con una Obra para cursos de vulgarización, y con otra denominada "Gratitud de los obreros", que atendía a los reservistas de la Wehrmacht. Para la formación de sus propios funcionarios, el DAF disponía de 9 escuelas del Reich y de otras 40 regionales. También financiaba las escuelas del Partido en los Ordensburg de Vogelsang, Sonthofen y Crossinsee, que dependían de Ley como jefe de Organización del NSDAP. Estas últimas eran un ejemplo de cómo los medios y la estructura del DAF no le venían mal al jefe de la Organización y consolidaban la posición de éste».



Día del agricultor del Reich. 1935

XIII
EL MOTOR DE LA POLITICA EXTERIOR DE HITLER: EL TEMOR AL BOLCHEVISMO

Después de la guerra estuve dos años en los campos de concentración aliados, otros dos en el Palacio de Justicia de Nuremberg y dos más en el presidio de Landsberg. Entonces tuve tiempo suficiente para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro. Respecto al pasado, me preocupaba continuamente, como es natural, la siguiente cuestión: ¿cuáles fueron las motivaciones en la política exterior de Hitler? Desde entonces han transcurrido veinticinco años, y he leído mucho de lo más relevante históricamente sobre los seis años de paz y los seis de guerra del III Reich. En cuanto a los móviles de la política exterior de Hitler, me mantengo en lo esencial en el convencimiento que ya tenía en el Palacio de Justicia de Nuremberg: el norte de la política exterior de Hitler, que eclipsaba todo lo demás, fue el temor al bolchevismo.

1. En agosto de 1936, Hitler redactó un memorándum sobre la finalidad del Plan Cuatrienal. En aquel entonces, sólo existían tres ejemplares. A Göring le prohibió Hitler que lo leyera ante alguien o lo difundiese. Por tanto, es indudable que no estaba destinado a fines de propaganda. Tampoco debía influir sobre terceros. Tal como lo transcribo a continuación, se han suprimido los subrayados del original. La cita procede íntegramente de la primera parte del memorándum, que lleva el subtítulo de

La situación política

«Política es la conducción y el curso de la lucha vital e histórica de los pueblos. La finalidad de esta lucha es la conservación de la existencia. También las pugnas entre las concepciones idealistas del mundo, tienen sus últimas causas y reciben sus más profundos impulsos de los propósitos que abrigan los pueblos y del objeto de su vida. Las religiones y las Weltanschauung (N. del E.: cosmovisión o concepción del mundo) están siempre en condiciones de dar a esas luchas una dureza especial, y con ello les confieren también una gran fuerza histórica. Ellas imprimen su sello en las entrañas de los siglos. Entonces, a los pueblos y países que viven dentro

del círculo de influencia de tales disputas entre concepciones del mundo o religiosas, no les resulta posible aislar los acontecimientos o excluirse de ellos.

El cristianismo y las migraciones de los pueblos determinaron el contenido histórico de siglos. También el islamismo estremeció al Oriente, y a la vez al Occidente, durante medio milenio. La Reforma puso al alcance de sus efectos a toda la Europa Central.

A las naciones, individualmente, no les era posible apartarse de los acontecimientos, aunque tratasen de hacerlo con prudencia o por una indiferencia premeditada. Desde el estallido de la Revolución Francesa el mundo avanza, a un ritmo cada vez más vigoroso, hacia un nuevo conflicto en el que la solución más extrema es el bolchevismo, cuyo contenido y propósitos, sin embargo; sólo consisten en suprimir y reemplazar a las capas sociales que hasta ahora dirigían a la humanidad, por el judaísmo extendido a escala internacional. Ningún país podrá eludir o al menos mantenerse alejado de esta pugna histórica.

Desde el momento en que el marxismo, con su victoria en Rusia, se procuró uno de los mayores Imperios del mundo como base de partida para las siguientes operaciones, esta cuestión se ha convertido en una amenaza. Un mundo democrático desgarrado ideológicamente por sí mismo, hace frente a una cerrada y firme voluntad de agresión, ideológicamente autoritaria.

Los recursos militares de esta fuerza agresora aumentan, además, de año en año, a un ritmo veloz. Basta con comparar el Ejército Rojo que existe hoy realmente, con el cálculo de tropas de hace diez, quince o veinte años, para hacerse una idea de los cambios registrados.

Alemania, como siempre, será considerada centro del mundo occidental frente a los ataques bolcheviques. Yo no concibo esto como una misión grata, sino como una lamentable complicación y una carga sobre nuestra vida nacional, condicionada por nuestra desdichada situación geográfica en Europa. Pero no podemos eludir este destino.

Nuestra situación política se infiere de lo siguiente:

Europa, en la actualidad, sólo tiene dos países que cabe considerar firmemente contrarios al bolchevismo: Alemania e Italia. Las otras naciones, o bien se están descomponiendo por su forma de vivir democrática, se contaminan de marxismo y decaerán pronto incluso hasta su ruina, o bien

están regidas por gobiernos autoritarios, cuya única fuerza está en sus efectivos militares. Pero, en estos últimos, hay que tener en cuenta que, debido a la necesidad de afianzar ante los propios pueblos la efectividad de su gestión a través del medio de coerción del ejecutivo, son incapaces de preparar esta fuerza en bruto para defender a sus países frente al exterior. Todas estas naciones jamás serían capaces de sostener, con buenos auspicios, una guerra contra la Rusia soviética.

En resumidas cuentas, si exceptuamos a Alemania e Italia, sólo cabe considerar al Japón como potencia opuesta a ese peligro mundial. No es propósito de este memorándum hacer profecías sobre el momento en el cual la insostenible situación de Europa evolucionará hacia una crisis abierta. En estas líneas, yo sólo desearía hacer constar mi convencimiento de que esta crisis no puede dejar de venir y vendrá, y de que Alemania tiene la obligación de asegurar, por todos los medios, su propia existencia ante esa catástrofe y protegerse de ella, y de que de esta presión que sufre se infieren una serie de consecuencias, que atañen a las más importantes tareas que jamás le hayan sido impuestas a nuestro pueblo.

Porque una victoria del bolchevismo sobre Alemania no conduciría a un Tratado de Versalles, sino a una destrucción definitiva y a un exterminio del pueblo alemán.

No es fácil imaginarse las dimensiones de semejante catástrofe.

En resumen, tras un derrumbamiento frente a los bolcheviques, la Europa Occidental (Alemania incluida), con su densa población, sufriría la más horrible catástrofe que haya afligido a la humanidad desde la extinción de los pueblos antiguos.

Ante la necesidad de defendernos de este peligro, todas, las demás consideraciones deberán ser relegadas a un segundo plano como intrascendentes.

El nuevo Ejército tendrá que ocuparse en sacar las debidas deducciones militares de esta situación. ¡El alcance y la rapidez de la preparación militar de nuestras fuerzas, nunca será tan grande como precisamos!

Es un error capital creer, sobre este particular, que podría realizarse alguna transacción o equiparación con otras necesidades vitales. Por más que la vida conjunta de un pueblo deba estar equilibrada, en ciertas épocas es preciso efectuar dilaciones parciales en perjuicio de las tareas que vitalmente

son menos importantes. Si, en un breve plazo, no logramos hacer de la Wehrmacht alemana el primer ejército del mundo, tanto en la instrucción como en el cometido de las unidades, armamento y, sobre todo, en la formación de su espíritu... ¡Alemania estará perdida!» (Fin de la cita).

2. El mismo orden de ideas fue repetido por Hitler en un discurso interno del Partido, que yo mismo escuché a fines de abril de 1937, en un curso de formación en el Ordensburg de Sonthofen. De ello ya hablé en mi libro «Experto para casos críticos en el III Reich». Me limito a citar sólo un párrafo:

«El comunismo, en los últimos años, mediante una política consecuente pero también brutal, ha creado de los aldeanos de la Rusia anterior y de un pueblo con elevado índice de analfabetos, un pueblo con potencia económica e industrializado, nada menos que en quince años. Partiendo del elevado talento y aplicación del pueblo ruso, de su fuerza aún sin utilizar, y del gran incremento de la población, este proceso se irá acelerando y, a más tardar en un decenio, nacerá una fuerza económica y militar frente a la cual Europa no tendrá nada equivalente que oponer».

«Esto nos crea a nosotros una situación profundamente trágica, pero inevitable. El Reich –dijo él– es geográficamente la barrera de Europa frente al Este. La misión de defenderla contra una invasión de índole política, militar y étnica nos ha sido impuesta por el destino, y no podemos rehuir esa tarea. (Y es por eso que él ha dispuesto en el Plan Cuatrienal, mediante la construcción de armamento y de una Wehrmacht fuerte y combativa, todos los pasos para facilitarnos la posibilidad de oponernos con éxito a esa amenaza. El da por seguro que el tiempo no trabaja en favor nuestro, sino en beneficio del Este)».

3. La movilización parcial de las fuerzas armadas checoeslovacas, el 20 de mayo de 1938, y el esperado gran triunfo electoral de Konrad Henlein, jefe de los alemanes sudetes, el 22 de mayo de 1938, decidieron el destino de Checoeslovaquia. Hitler vio de repente, con claridad, que si no neutralizaba a las fuerzas armadas checas y sus aeródromos, en los cuales tenía la Unión Soviética un permiso general para aterrizar, esta última podría ponernos en cualquier momento en una situación militar desesperada. Relacionada con esto surgió la expresión de *«Checoeslovaquia como portaaviones en el cuerpo al descubierto del Reich».*

Las dramáticas jornadas de mayo de 1938 han sido descritas por el gauleiter Jordan como testigo de aquellos días (Hitler estaba con él en Dessau) en su libro *Im Zeugenstand der Geschichte* (En el estrado de los testigos de la historia).

4. El pacto de no agresión germano-soviético, del 23 de agosto de 1939, y el acuerdo secreto sobre el reparto de la Europa Central-Oriental en esferas de intereses, firmado simultáneamente, decidieron el destino de Polonia. Nunca más existiría la posibilidad de empujar tan lejos hacia el Este, con el consentimiento de la Unión Soviética, las fronteras orientales del Reich alemán.

5. Las conversaciones de Hitler con Molotov, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, el 12 y 13 de noviembre de 1940, decidieron definitivamente la cuestión de si aún era posible desviar hacia Asia la presión expansiva rusa. Molotov insistió en que Rumanía, Bulgaria y los Dardanelos tenían que pasar inequívocamente a la esfera de intereses de la Rusia Soviética.

Cuando Molotov abandonó Berlín, Hitler dispuso que se preparara la Operación *«Barbarroja».*

Mientras el mando de los tres ejércitos de la Wehrmacht formuló las más serias objeciones sobre el ataque contra Dinamarca y Noruega y la campaña del Oeste, tales reparos apenas se hicieron valer respecto a una campaña contra Rusia. Se creía que nuevamente podría realizarse con éxito una guerra relámpago.

Luego se vio que para ello se había partido de unas falsas hipótesis.

A pesar de los grandes elogios que, tanto entonces como hoy, siguen haciendo algunas personas del agregado militar en Moscú y de parte del servicio de información *«Ejércitos extranjeros del Este»,* mandado por Gehlen, se demostró que, desde los puntos de vista del armamento, militar y político, se había partido de unos supuestos absolutamente erróneos.

El temor de Hitler al bolchevismo demostró estar plenamente fundado.

SOBRE EL AUTOR



Hans Kehrl nació en el 1900, descendiente de una familia de funcionarios y fabricantes. En 1926 se hizo cargo de la fábrica textil paterna. En 1933 fue nombrado presidente de la Cámara Regional de Industria y Comercio y Consejero económico de Gau (región) de Kurmark del NSDAP (Partido Nacionalsocialista). Durante los años 1935 y 1936 fue íntimo colaborador de Wilhelm Keppler, el entonces delegado del Führer y Canciller del Reich para asuntos económicos. En 1936 y 1937 fue jefe de negociado del Departamento de Materias Primas y Combustibles Alemanes, dentro de la Organización del Plan Cuatrienal. En 1938 ascendió a Jefe de la Sección de Asuntos Especiales en el Ministerio de Economía. Durante 1938 y 1939 le fue encomendada la integración económica en el Reich de Austria, los Sudetes y el protectorado de Bohemia y Moravia y las provincias del Este. En 1942 fue nombrado jefe del Departamento Central de Industria y desde 1943 jefe del Departamento de Materias Primas en el Ministerio de Speer. Fue condenado a 15 años de cárcel pero puesto en libertad en 1951, desde cuya fecha trabajó como consultor de empresas. Es autor de «Krisenmanager im Dritten Reich» (Experto para casos críticos en el III Reich) en 1973, «Marktwirtschaft margen» (El porvenir de la economía de mercado) en 1975, y Realitäten im Dritten Reich (Realidades del Tercer Reich) en 1979. Murió el 26 de abril de 1984, en Grafenau (Württemberg) en el distrito de Böblingen.

ÍNDICE

Introducción 4

I. Así Comenzó la Paz.. 7

II. «Milagro Económico» en el Tercer Reich.. 10

III. Las Metas de la Política Exterior de Hitler 20

IV. Partido y Economía en el III Reich.. 24

V. La Gran Industria y el Estado 34

VI. Economía y Rearme 40

VII. ¿La Guerra como Salida? 43

VIII. «Autarquía», ¿Parte de la Cosmovisión NS?................................ 49

IX. Las «Estructuras de Poder» en el III Reich.................................... 55

X. Fascismo en el III Reich, un Fraude Semántico de los Comunistas 57

XI. El Modo de Gobernar de Hitler.. 60

XII. El «Socialismo Alemán» del III Reich 66

XIII. El Motor de la Política Exterior de Hitler 71

